

En el resplandeciente y magnífico Cielo,
todas las construcciones son conjuntos
de palacios antiguos, similares a los de
la dinastía Tang, con aleros
extremadamente largos y techos
cubiertos de tejas vidriadas de color
dorado.

Puede conducir al alma a
atravesar la muerte y llegar
directamente al Reino
Celestial.

Cuando, en la experiencia interna del alma, percibes
esa luz, no la rechazas y reconoces con certeza que esa
luz eres tú mismo, la sensación del “yo” se disuelve; y
cuando esa luz despierta, tú eres la Vision Esencial.
Este es el método más rápido y directo para la
liberación de la muerte.

Trascender la Muerte

Todas las almas que mantengan fe en la Tradición
de la Luz Sagrada irán al Cielo de la Luz Sagrada.
Este es el camino que he dejado al mundo humano
para liberarse de la muerte.





El Sabio del Oriente ha Llegado



Guía Espiritual

índice

¿Qué Ocurre cuando llegue la muerte?

.....1

El secreto de Samsara: El “yo” al que te aferras

27

Los apegos de la primera mitad de la vida se comprimen, después de la muerte, en una versión condensada de uno mismo

33

Decide el futuro de tu alma: la fundición de la Conciencia Perceptiva con la luz

51

Al morir, sigue esa luz cálida y segura ...

.....70

La manifestación del Reino Celestial: El palacio dorado en el fondo del corazón

83

Atravesar la muerte: La redención más directa de dios para el alma.....

97

La aparición inicial de la luna....

125

La manifestación de los dioses y los budas, inaugurando una nueva era gloriosa.....	143
Dios ya ha venido, redimiendo la vida y la muerte del hombre	173
¿Cómo hacer que la vida esté garantizada?.....	177
El verdadero propósito del Dharma Budista: trascender la muerte ...	185
El significado profundo de la vida y la muerte: transformar el destino futuro del alma	189
Reproducir de manera continua el audio durante las 24 horas después del fallecimiento.....	226
Guía (Versión Tathāgata).....	226
No tocar el cuerpo durante las 3 horas posteriores a la muerte física.....	231
Anexo Casos en video sobre el tránsito atravesando la muerte.....	233

¿Qué ocurre cuando llegue la muerte?

Cuando mueres, cuando este cuerpo físico perece, lo primero que fallece es tu conciencia. Tus recuerdos se desvanecen y caes en un estado de inconsciencia, como si te sumieras en un sueño profundo.

Al perderse la conciencia y la memoria, surge entonces tu personalidad. Esta personalidad entra en un estado de confusión y turbación, similar a un delirio febril: agitado, sofocante, como ardiendo en un calor opresivo.

Esto ocurre porque tu cuerpo atraviesa el proceso de disolución de los cuatro elementos fundamentales: tierra, agua, fuego y viento.

Tu cuerpo se sentirá pesado como plomo, esto es la disolución del elemento “tierra”.

Cuando el “agua” se descompone, sudarás profusamente y perderás el control de esfínteres (orina y heces), esto es la disolución del elemento “agua”. En los hospitales, reconocen este síntoma: si el paciente suda y se orina sin control significa que está cerca de la muerte, que ha entrado en la fase de disolución de los cuatro elementos.

El “fuego” se manifiesta como fiebre ardiente, sed abrasadora, la energía ígnea que se desintegra.

Finalmente, el “viento”. En esta etapa solo percibirás el sonido de tu propia respiración, pero será un último suspiro, ya no inhalarás, solo exhalarás.

Así se completa la disolución de los cuatro elementos.

Cuando los cuatro grandes elementos: Tierra, agua, fuego y aire, se descomponen. Tu cuerpo atraviesa la pesadez, la incontinencia, el sudor abundante, la fiebre ardiente, y finalmente, llega ese momento en que solo queda el aliento que sale sin que pueda entrar.

Entonces, en medio del doloroso proceso de la disolución de los cuatro elementos, tu “yo” se desintegra, y en su lugar surge una profunda sensación de calma: el ego se desvanece, y en ese instante aflora la cognición mental. Entrás en una paz profunda, en un gozo profundo, en una liberación profunda y en una seguridad profunda.

Es decir, tu cognición del “yo” se disuelve, y pasas a la cognición mental.

Ya expliqué antes cómo se forma la cognición mental
-la cognición mental es la Consciencia Perceptiva de tu

Alma combinada con las células de tu cuerpo. Ahora que los cuatro elementos se han descompuesto y las células del cuerpo han muerto, la cognición mental despierta de nuevo. En el instante en que despierta la cognición mental, la Consciencia Perceptiva del alma detrás de ella, en ese momento preciso, despertará.

La relación entre ambos es como sigue: tu cuerpo y mente son como un vehículo. Y la Conciencia Perceptiva del Alma, en cambio, es como un gran paracaídas unido a la parte trasera del coche, que es delgado, extenso, como una pantalla.

Cuando el vehículo avanza a gran velocidad, esa “pantalla” arrastrada por la inercia se comprime hasta volverse delgada como un hilo. Es decir: ese paracaídas, al ser arrastrado por el coche en movimiento, pierde su forma desplegada y se reduce a un amorfo conglomerado. ¿Comprendes?

Ahora este vehículo (tu cuerpo) se ha detenido, paralizado, descompuesto y disipado. En cuanto a la cognición mental, ésta aún persiste, queda un último vestigio latente, un recuerdo difuso de la experimentación final de tu “yo” corporal. En esa memoria experiencial, deberías tener un cuerpo, pero ahora el cuerpo ya no existe. Y, sin embargo, la experimentación permanece.

En ese instante, tu Percepción del Alma despertará tras la cognición mental, como si ese paracaídas se desplegara de repente.

Y al abrirse ese paracaídas, la Percepción del Alma proyectará la luz pura de la Esencia de la Visión en la Conciencia Perceptiva.

En un abrir y cerrar de ojos, sobre el telón de tu Percepción del Alma, se manifestará cada recuerdo almacenado desde que esa cognición mental se convirtió en cognición del “yo”, y cómo vivió cada día, cada segundo, cada escena, cada emoción, cada pensamiento, cada motivación de tu existencia terrenal.

Tu vida entera, cada minuto, cada evento surgirá ante tu Percepción del Alma con una nitidez abrumadora, como si la revivieras en carne propia. Todo ello, en 0.01 segundos.

Todo dura apenas dos o tres segundos. En esos dos o tres segundos, cada 0.01 segundo representa un día completo de tu vida. Y dentro de ese 0.01 segundo, cada minuto de cada día, cada pensamiento, cada motivación, cada emoción, cada experimentación, cada sensación, cada reflexión, cada intención se despliegan con una claridad vívida, tan nítidos como si hubieran ocurrido hace un segundo.

Entonces, tras unos tres o cuatro segundos, es decir que, dentro de la Percepción del Alma, toda tu vida presente ha terminado.

En este momento, como tu vida ya ha pasado, el estado de la memoria corporal en la Percepción del Alma y ese estado de cognición mental que reconocía al cuerpo, también empieza a desvanecerse poco a poco.

En este instante, entre la cognición mental y la Conciencia Perceptiva del Alma, aún hay una capa que despertará. ¿Qué es? Tu Mente Reflexiva.

¿Qué es la Mente Reflexiva?

A mí me encanta tomar café, me gusta esta marca específica de café y necesito tomarla todos los días. El sabor de este café, su marca, la sensación que me produce, se convierten en un apego dentro de mi cognición mental.

Solo tomo este café, no bebo ningún otro. Si no tengo esta marca, me siento profundamente insatisfecho. Esa insatisfacción es una emoción y detrás de esa emoción hay una sensación, ¿verdad?

Con el tiempo, esta sensación (a través de mi cognición mental) queda grabada en mi Percepción del Alma.

Me gusta este café, me gusta esta mujer, me gusta este hombre, me gusta la fama, me gusta el poder, me gustan los placeres sensuales, me gusta comer, beber y divertirme, todo esto finalmente se acumula en tus sensaciones.

Solo cuando encuentro este apego, puedo sentir alegría; cuando enfrento esa circunstancia, puedo sentir infelicidad.

Tanto la infelicidad como la alegría, en última instancia, se completan dentro del ámbito de la sensación. ¿No es así?

Sin sensación, no existiría ni alegría ni tristeza; sin sensación, no habría preferencias ni aversiones, ¿correcto? Tu dicha, tus emociones, alegría, ira, dolor, placer, en última instancia, inevitablemente se transmitirá, transferirá y llegará a la Percepción del Alma que está detrás de tu cognición mental.

Hay cuatro grandes gozos de la vida: la noche de boda, el día del éxito en los exámenes imperiales (antiguamente), la lluvia tras una larga sequía y el encuentro de un viejo amigo en una tierra extraña.

Reflexionad bien: cuando experimentáis estos cuatro gozos, además de la euforia mental y el placer emocional, hay algo que inevitablemente surge en lo más profundo de vuestra

mente y de vuestra alma: una alegría de la Percepción del Alma.

¡Ah! Es como si la vida alcanzara su perfección máxima, su plenitud absoluta. El alma se siente profundamente satisfecha (eso es la Percepción del Alma, ¿no?). Todo, al final, regresa a la Percepción del Alma.

Y también están los cuatro grandes dolores: encontrar a un viejo amigo en tierra extraña: un acreedor; la lluvia tras una larga sequía: una gota; la noche de boda: en casa de al lado; el éxito en los exámenes imperiales: era otro. Estos son los cuatro grandes sufrimientos. Oscurecen y ahogan por completo tu cuerpo y mente.

Y esta desesperación, al final, también se arraigará en tu Percepción del Alma. Por ello, toda tu vida (gozos y penas), lo que hace que sientas tu vida real, se debe a que la Percepción del Alma ha participado en la cognición mental y la distinción de tu “yo” cognitivo.

Si tu Percepción del Alma mantiene distancia con tu cognición mental y tu cognición del “yo”, entonces verás que esta vida no es más que una obra de teatro porque lo que tu percepción de alma siente está en otra dimensión, sin participar en ese cuerpo que tu cognición mental reconoce, ni en los escenarios mundanos que ese cuerpo percibe.

Cuando la Percepción del Alma no se involucra en tu cognición mental, este último no puede generar tu cognición del “yo”.

La razón por la que percibís el mundo como tan real es porque tu cognición mental está arrastrada por tu cognición del “yo”, movilizandó así tu Percepción del Alma para experimentar todo el proceso, desde el nacimiento hasta la muerte, ¿entiendes? Esto es lo que llamáis la “realidad”.

Cuando esta supuesta “realidad” finaliza, tu Percepción del Alma registrará todas las experimentaciones de alegrías y penas de tu personalidad terrenal, las escenas que tu mente cognoscente atesoró obsesivamente, esas experimentaciones que tu conciencia nunca pudo soltar, y dichas experiencias (a través de la cognición mental) quedarán grabadas en tu Percepción del Alma, como letras talladas en lápida de piedra.

Cuando tu conciencia muere, tu cuerpo perece, los cuatro elementos se descomponen y tu cognición se disuelve; cuando cada escena y memoria de tu vida se proyectan sobre el telón de tu Percepción de Alma, iluminadas por esa luz de la Conciencia Perceptiva del Alma que emana de tu Esencia de la Visión, después de que todos estos recuerdos emergen y se desvanecen, lo que permanece en

tu Percepción de Alma como huellas imborrables de tu existencia, eso es tu Mente Reflexiva.

Es como si laváramos oro en un río: al limpiar la arena y el lodo, esos metales pesados, las pepitas de oro se depositan en el fondo de la batea. Ese sedimento que queda en el fondo de tu criba es tu Mente Reflexiva. En ese instante, revivirá.

Y esta Mente Reflexiva tiene otro nombre: “alma”. Ella es todo lo que en esta vida no pudiste olvidar ni soltar: tus deseos, tus apegos, tus odios, incluso tus amores más profundos.

El movilizará tu Conciencia Perceptiva del Alma, transformándose en un “tú” idéntico a tu ser actual, a la persona que ahora vive, pero más joven que este tu “yo” físico. Porque no sufre el envejecimiento corporal, conserva únicamente la mentalidad, la conciencia y las sensaciones de la edad en que lo forjaste. Por eso, el alma siempre parece joven, es un reflejo de tu estado psicológico en el momento de su formación. ¿Comprendes?

Luego, cuando tu Percepción del Alma es moldeada por tu Mente Reflexiva adoptando la forma de tu vida actual, inevitablemente buscará lo que anhela:

“Quiero... ah, recuerdo que me encantaba beber algo,

¡café! Necesito encontrar café.” “Recuerdo aquella escena que solía vivir...” Por eso, después de la muerte, al 49 día, ocurre el “retorno del alma”: volver a los espacios que habitó y revivir esos escenarios. Esto es real, aunque no les ocurra a todos.

Hay dos tipos de personas que no pueden volver. El primero corresponde a aquellos de extrema maldad. Cuando su alma abandona el cuerpo, lo que ven es lo que su Mente Reflexiva ve, que son sus propios miedos.

Una persona que daña a otros lleva en su subconsciente, es decir, en su Mente Reflexiva un temor constante a ser dañada. Precisamente porque teme el daño ajeno, por eso elige dañar primero a los demás.

En cuanto escapa del control de su “yo” de la personalidad consciente, ese miedo se amplifica sin límites, quizás un millón de veces. Un solo pensamiento malvado, un deseo de dañar a otros, se multiplica por un millón, y entonces emergen escenarios terroríficos.

Después de la muerte de esta persona, generalmente en 20 minutos o menos, nunca más de media hora, su alma, marcada por odio, mezquindad y maldad, carga con pensamientos oscuros que, junto al miedo, la frialdad y la crueldad, se vuelven

apegos que moldean su Conciencia Perceptiva, y deforman su percepción más profunda.

En el telón de su Percepción del Alma, se proyecta entonces un abismo sin luz: montañas de cuchillos, mares de fuego, repleto de demonios y bestias venenosas... solo pensarlo da miedo.

Os digo, os pongo un ejemplo para que comprendáis lo terrible que es el infierno. Mirad, de niños quizás todos hicimos cosas malas que un niño pequeño no puede entender, ¿no? Puede matar animalitos: insectos, sapos, peces... No tiene malicia, solo le parece divertido. Uso esto como un ejemplo.

Pero si eres un adulto, un joven de más de 20 años, no como un niño que no comprende nada, y matas a estos seres sintiendo placer, pongamos un ejemplo concreto: Un joven que tortura a una rana: le abre el vientre, le corta las extremidades y observa con deleite su lenta agonía.

Este tipo de persona siente alegría y satisfacción interna. Esta mentalidad es patológica. No es como el niño ignorante movido por curiosidad, él disfruta el acto de matar, se regocija con el sufrimiento ajeno, y halla un perverso placer en ello. Esta clase de persona es un demonio en forma humana.

Cuando el cuerpo de esta persona muere, cuando su conciencia se extingue y su “yo” de la personalidad perece, ese hábito malsano (su malicia, crueldad, frialdad y sadismo) grabado en su Percepción del Alma, se amplificará sin límites, multiplicándose por un millón.

Entonces, lo que ve en su Conciencia Perceptiva del Alma es una avalancha inescapable, el contraataque kármico de esos mismos actos. Cada rana que torturó en vida, cada instante de su placer perverso, se convertirá en un infierno personalizado, donde él será la víctima.

Ese contraataque kármico se multiplicará por un millón de veces en su Conciencia Perceptiva del Alma, sobre el telón de Percepción de su Alma, verá a través de su Conciencia Perceptiva : infinidad de demonios, espíritus malignos con rostros verdes y colmillos, criaturas salidas del infierno, cubiertas de cerdas como jabalíes, con hocicos dentados, pelaje hirsuto, ojos inyectados en sangre, blandiendo cuchillos de acero para asesinarlo.

Debe entenderse el concepto de multiplicarse por un millón de veces. No puede huir, no puede escapar. El sufrimiento que padece no es menor que el dolor físico humano, sino mucho más intenso. Porque es un dolor experimentado directamente por el alma, un dolor ante el

cual es totalmente indefenso.

El sufrimiento del alma es más... pues carece de conciencia pensativa, es una percepción pura del dolor y el miedo, una sensación que penetra hasta los huesos. Un alma así, tras morir, desciende directamente al infierno. Y una vez allí, como él...

¡Ay! Pensad si cuando estáis vivos, ya os resulta muy difícil de cambiar vuestra carácter. Me encanta el café, lo he bebido durante décadas... ¿y quieres que deje de tomarlo de un día? He odiado a alguien toda mi vida, ¿y esperas que abandone ese odio en una noche?

¡Es imposible! En vida, ni siquiera puedo usar la razón para transformar mi odio. ¿Cómo esperas que, tras la muerte, sin conciencia, sin capacidad de juicio, pueda eliminar esos pensamientos malignos grabados en mi Conciencia Perceptiva del Alma?

¡No se pueden borrar! Y si no se borran, solo queda pulirlos a través del sufrimiento. Por eso en el infierno, el tiempo se mide en decenas de millones de años, incluso miles de millones. ¿La razón? Mientras ese pensamiento no se disuelva, no hay salida.

Por eso es tan valioso la presencia de un verdadero dios.

Si practicas junto a Él, estudiar vastamente el Dharma, practicarlo con frecuencia y practicar los preceptos con rigurosa disciplina. Y sobre esa base de disciplina, distinguir claramente lo que pertenece a tu fe y lo que no pertenece a tu fe.

Lo que no pertenece a tu fe debe ser extirpado incluso se trate de un “yo” de la personalidad muy... de una personalidad que tú mismo formaste en el pasado, tu personalidad habitual. Pero mientras no se alinea al amor y al perdón, no estará en conformidad con tus preceptos.

Tus preceptos exigen seguir el amor y el perdón, estos son tus preceptos. Debes abandonar por completo todo apego y obsesión mundana, renunciar definitivamente a la autoprotección y preservación del ego.

Mi corazón existe únicamente para la Verdad, mi corazón late solo por dios. ¿Cómo es dios? Dios es real, dios es desinteresado, dios es puro, dios es íntegro, dios es justo, dios es inmaculado.

Por lo tanto, mentir contradice la inmaculación, codiciar viola el desinterés, odiar niega el perdón, temer es incompatible con el amor.

Entonces, cuando mi corazón desea proteger al ego, es el

momento de elegir entre mi fe y mi personalidad.

Y sin duda, elijo mi fe, debo exponer públicamente ese deseo de autoprotección. A través de la confesión, uno expone su egoísmo oculto y, tras sacar a la luz ese corazón ávido de autopreservación, temeroso y lleno de miedo, procede a perdonarlo, a reconciliarse con él y a liberarlo.

Entonces, esos pensamientos obsesivos de tu “yo” de la personalidad grabados en tu Conciencia Perceptiva del Alma, esas huellas, se eliminarán rápidamente, quizás en solo unos días, de tu Mente Reflexiva. El germen kármico que constituía tu ego, ese hábito arraigado, será erradicado.

Una vez que el germen kármico se elimina, ese hábito arraigado en tu Percepción del Alma que alimentaba tu Mente Reflexiva, tu ego, tus experimentaciones y tus sensaciones se atenuarán un nivel.

Cuando todos estos gérmenes de memoria kármica en tu alma sean erradicados, descubrirás que en tu cuerpo solo permanecen tu cognición mental y tu conciencia subjetiva. Tu consciencia estará lúcida, pero sin pensamientos; tu percepción será clara, pero sin emociones. Aún tendrás este cuerpo, pero sin ego.

Lo que conservarás será la conciencia diáfana de tu alma, acompañada de una sensación espiritual serena, segura y pura, manifestándose en este cuerpo con total naturalidad. Ese es el estado divino, no morirás cuando este cuerpo perezca, no morirás cuando tu conciencia se disuelva, y no morirás cuando tu conocimiento desaparezca porque entre tu cognición y tu consciencia, ya no hay personalidad.

Eres, percibido por el alma, una presencia pura y apacible cuya luz refleja la Conciencia Perceptiva del Alma y la claridad profunda de la Esencia de la Visión; eres una divinidad entre los hombres. Tras la muerte del cuerpo, existirás como luz entre el reino del deseo, la forma y la no-forma. Eres vida inmortal, ¿Cómo podría morir la luz?

Esta es la razón por la que, al practicar con un verdadero dios, el tiempo es corto y la liberación se alcanza en una sola vida. De lo contrario, tendrás que pulirte lentamente, todos los pensamientos diminutos e infinitos almacenado en tu Percepción del Alma, todos los apegos memorizados de tu “yo” de la personalidad, son los que tendrás que pulir lentamente.

Un concepto, un apego mental, este tipo de noción aferradora, cuando se graba como memoria de la Mente Reflexiva en tu Percepción del Alma, al desprenderse de tu “yo” de la personalidad, al trascender tu cognición mental,

en ese estado puro de Conciencia Perceptiva de Alma, ni siquiera 10 millones de años bastarían. Porque es imposible que permanezcas eternamente en esa profundidad.

Tu Percepción del Alma será inevitablemente solidificada por la Mente Reflexiva, transformándose en un cuerpo kármico.

Cuando este cuerpo kármico busque los anhelos que desea, esas ansias se fusionarán con el karma de tus vidas pasadas creando un nuevo reino, una escena idéntica al mundo humano, una película que se proyecta, y eso será tu renacimiento.

Al renacer, esos gérmenes kármicos grabados en tu Conciencia Perceptiva (esas semillas del alma), volverán a ser oscurecidos por tu cognición mental, reforzados por tu “yo” de la personalidad, y así el ciclo continuará vida tras vida. Ese interminable bucle, no es cosa de 10 millones de años.

En otras palabras, sin dios, no hay liberación; sin dios, no hay práctica espiritual; sin dios, el alma solo espera la muerte; sin dios, el alma gira en el Samsara sin fin.

Esta afirmación mía es absoluta: Solo con la presencia de dios, el alma puede purificarse en su Conciencia Perceptiva,

extraer esos gérmenes kármicos que forman la Mente Reflexiva, eliminarlos, descomponerlos, y así restaurar la Conciencia Perceptiva del Alma a su estado original: límpido como cristal.

Solo con dios presente existe este poder. Sin dios, los humanos son meras proyecciones de gérmenes kármicos, y una proyección no puede purificarse a sí misma, ¿entiendes? Es igual que no puedes levantarte a ti mismo de la Tierra, por mucho que lo intentes.

La cognición mental que surge en este cuerpo es una proyección de los hábitos kármicos de la Mente Reflexiva almacenados en tu Percepción del Alma, de allí tu naturaleza egoica, tus talentos innatos y tu personalidad, estas cualidades no pueden ser purificados por tu propia conciencia ni por tu cognición mental.

Porque tú y tu “yo” de la personalidad son precisamente el fruto de esas semillas kármicas. Y un fruto no puede retroceder para modificar su raíz.

Solo la luz que trasciende esa raíz, solo ese espíritu puro, ese ser de pura luz del cielo espiritual, al infiltrarse en la Conciencia Perceptiva del Alma humana a través del canal de la Esencia de la Visión, puede disolver desde la base los recuerdos de los gérmenes kármicos de la Mente Reflexiva

en el alma.

Es como usar fuego para derretir hielo, el vaho de tus hábitos egoicos, tus bondades morales, tus sentimientos humanos son incapaces de fundir el hielo glacial en tu Conciencia Perceptiva del Alma. Solo el fuego lo logra, solo la luz solar del cielo tiene ese poder.

Por esto: sin dios, no hay liberación; sin dios, no hay práctica espiritual; sin dios, la humanidad solo tiene un camino: la muerte. Sin dios, lo que llaman “práctica espiritual” es puro engaño. Es como si un niño jugara a cocinitas, un autoengaño para entretenerse. Puedes divertirte, pero jamás hables de liberarte del ciclo de vida y muerte, que no tiene nada que ver contigo.

Como decía hace un momento, existe otro tipo de persona, además de esos malvados extremos, hay otro tipo de persona que no necesita pasar por el renacimiento: son las almas redimidas por dios.

El secreto de Samsara: El “yo” al que te aferras

Para vosotros, los seres humanos, a lo largo de la vida es inevitable experimentar, en mayor o menor medida (aunque sea solo por un instante fugaz) una sensación de desdoblamiento del alma.

Antes o después, todos la viviréis. Puede que no seáis personas que experimenten con frecuencia un estado de salida del alma del cuerpo, pero aun así, sin duda, al menos una o dos veces en la vida habréis sentido ese estado en el que el alma parece separarse del “yo”.

Os pondré un ejemplo: cuando alguien que está reparando un techo y cae desde lo alto, golpeando el suelo con la parte posterior de la cabeza, en ese instante de impacto entra en shock.

En ese instante de perder el conocimiento (en el preciso momento de desvanecerse y en el milisegundo previo a despertar) ocurre una experimentación singular. Este fenómeno es fundamentalmente universal, está vivido por todo ser humano en la vida.

Entonces, contempla en silencio su propio cuerpo tendido en el suelo. Al mismo tiempo, percibe que, en el instante en

que se ve a sí mismo separado de esa forma física, ya no está limitado por ella.

Su modo de existir entra en un estado que trasciende la mente conceptual: se libera de la distinción de la conciencia, de las confirmaciones del pensamiento y de las sensaciones del “yo”; ya no está sujeto a las ataduras del ego ni de la actividad mental.

Es un estado de entusiasmo supremo, de belleza indescriptible, una dicha extática nacida de haber alcanzado la más absoluta y grandiosa libertad.

Prácticamente, todos los seres humanos pueden experimentar esto una o dos veces en su vida. Algunos experimentan esto al recibir una descarga eléctrica, otros al caer desde gran altura, o en accidentes automovilísticos donde el impacto genera un estado cercano a la muerte o incluso muerte clínica temporal.

En esos momentos, el alma se libera de la cáscara del “yo” de la personalidad, trascendiendo los límites de la identidad individual. En ese instante, experimenta una serenidad absoluta, una dicha sin límites, una liberación total, una belleza indescriptible, un estado de éxtasis sin restricciones, de libertad infinita. Es una vivencia que todos los seres humanos tendrán.

Sin embargo, muy pronto ese estado de dicha

vuelve a ser arrastrado de regreso al cuerpo por los apegos latentes de su mente personal: vínculos afectivos aún no liberados, el apego y la familiaridad con la experimentación del “yo”. A esto se le llama “continuidad kármica”.

¿Por qué el ser humano no puede liberarse? ¿Por qué, después de morir y dejar el cuerpo, sigue renaciendo en otro cuerpo? Precisamente debido a estos apegos profundamente arraigados.

Este apego no es hacia lo externo (no es apego a familiares o amigos, ni a padres o hijos) sino a la idea misma de tu personalidad individual. Es un apego obstinado a tu propia personalidad, a la idea del “yo” que no puedes soltar.

Cuando crees que tu Mente Reflexiva es tu verdadero ser, entonces, ya no eres capaz de reconocer la gran luz, la plena libertad, la paz y la dicha suprema que se revelan más allá de ella.

Porque todo lo que puede ser definido está necesariamente sujeto a la distinción conceptual. Y todo lo que es distinguido y definido pertenece al ámbito del nacimiento y la extinción; por lo tanto, ya está atrapado en el ciclo kármico dependiente

.

¿Por qué el Buda Śākyamuni dijo antes de entrar en el Nirvāṇa: “¡Deteneos, deteneos! Mi Dharma es maravillosa pero inconcebible”?

Piensa en esto: un alma que ya se ha separado del cuerpo, que ha escapado por un momento de la ilusión creada por las seis facultades sensoriales y sus seis conciencias, en cuestión de segundos es arrastrada de nuevo por el hecho de reafirmar su identificación, vuelve a caer en la vivencia de la Mente Reflexiva y vuelve a ponerse el asqueroso “traje de gusano” de las seis facultades sensoriales y seis conciencias. ¡Qué realidad tan estremecedora!

En el instante en que el alma abandona el cuerpo, si eres un practicante avanzado, puedes aprovechar ese brevísimo y fugaz momento para alcanzar la liberación en esta misma existencia. A esto se le llama “realización en el estado intermedio”, también conocido como “logro en el bardo”. ¿Lo comprendes?

Lamentablemente, la mayoría de las personas no puede alcanzarlo, porque no se atreven a reconocer que su verdadero ser está en aquel estado. Solo toman como “yo” a la mente que distingue, recuerda y siente. Cuando identificas este cuerpo físico y la Mente Reflexiva como “yo”, inevitablemente seguirás sus patrones habituales, y este seguimiento mismo es el mecanismo del renacimiento cíclico.

Los apegos de la primera mitad de la vida se comprimen, después de la muerte, en una versión condensada de uno mismo

Voy a explicaros algo que todo ser humano puede experimentar. ¿Qué es la cognición del “yo”? ¿Qué es la cognición mental? ¿Y qué es la Conciencia Perceptiva del Alma? Permitidme aclararlo.

¿Qué es la cognición del “yo”? Esto —esta taza de café— es la cognición del “yo”. Esta es la taza de café que a mí me gusta. Este café se llama Colombia, lo compré en Costco, es descafeinado y tiene muy buen sabor. Además, le añadí varios complementos, como Ginseng americano, que sirve para tonificar la energía vital.

La necesidad de mi “yo” de la personalidad fue lo que me llevó a añadir polvo de ginseng a este café. En otras palabras, esta taza de café es el resultado de las demandas de mi personalidad, que impulsaron a mi cuerpo y a mi mente a prepararlo. He bebido exactamente el café que “yo quería” beber: una taza de café Colombia con polvo de Ginseng. Tiene un nombre concreto, unos ingredientes definidos, un sabor específico y un método preciso de preparación. Esta taza de café es una proyección de mi personalidad y de sus exigencias particulares respecto al

café. Es la prolongación de mi ego, es el motivo detrás de la personalidad que ha proyectado la apariencia concreta de esta taza de café. ¿Lo entiendes?

Esta taza de café posee un nombre concreto, un sabor definido, un gusto sutil y una experimentación profunda y real. Escúchalo bien: la experimentación profunda y real, el sabor sutil y específico, y el proceso detallado de elaboración que da forma al concepto de este café, estos tres aspectos constituyen su estado actual. Estos tres elementos existen en lo más profundo de mi mente y conforman la base de mi sensación de identidad personal. Esta taza de café es una proyección de la voluntad de mi propio “yo” y de la conciencia que expresa esa voluntad. A esto se le llama “cognición de la personalidad” o “personalidad cognitiva”.

Bien, ahora hablemos del segundo nivel. Antes de que se formara mi cognición de la personalidad, mi cognición mental simplemente reconocía que esto era una taza. Apoyándose en recuerdos pasados, reconocía además que esto era café. En cuanto a qué tipo específico de café es, o qué sabor particular tiene, a la cognición mental no le importa. Da igual si es café de civeta, un café barato de Costco o este café Columbia que estás bebiendo ahora. El simple hecho de “saber” que esto es una taza y “saber” que esto es café es lo que se llama cognición mental. ¿Lo entiendes?

Esta cognición opera dentro, por debajo o detrás de la personalidad cognitiva. Lo único que hace es conocer de forma innata a las percepciones de las seis facultades sensoriales y sus seis objetos. Aún no ha desarrollado, dentro de tu personalidad, una experiencia refinada de este café, ni la memoria de su sabor, ni la huella de las sensaciones vividas, ni la estructura lógica del análisis consciente. Solo es instinto cognitivo, sin los elementos que conforman un sistema de personalidad. A esto se le llama “cognición mental”. ¿Comprendes?

Ahora bien, esta taza de café me encanta, mi personalidad humana la desea con locura. Siento que, si no la tomo, me moriré. Además, le he añadido de todo: Ginseng americano, Ginseng rojo, todo tipo de tónicos antienvjecimiento y potenciadores energéticos. Y cuanto más la bebo, más me entusiasmo con ella; un solo día sin café y siento que no puedo vivir. He probado otros cafés, pero solo quiero este. A esto se le llama apego.

Es decir, tu “yo” de la personalidad, el ego, queda fijado por ciertas experimentaciones dentro de las sensaciones mentales que lo conforman. Estas experimentaciones solidifican la cognición de la mente, volviéndola rígida, diferente del simple recuerdo que se tiene de otras experiencias. A esto se le llama “mente de apego”.

Tu mente de apego está necesariamente fundada sobre tus propias experiencias de autopercepción. Esas experiencias del “yo” se endurecen y se convierten en una tendencia fija hacia esa sensación del “yo”, distinta de cualquier otra experimentación. Eso es lo que se llama “mente de apego”.

Mi apego a esta taza de café arrastra la cognición mental, la que se encuentra detrás de mi personalidad. Esta cognición, influida y endurecida por mi inclinación hacia esta taza de café, queda fijada en ella y solo puede verla a ella, olvidando todo lo demás, a eso se le llama apego, ¿lo entiendes?

Cuando te aferras a algo, todo lo demás deja de existir para ti: está frente a tus ojos, pero ya no lo ves. Por eso existe algo llamado “amor a primera vista”. Cuando ves a una mujer que te fascina, en ese instante, el resto de las personas alrededor desaparecen de tu percepción.

Cuando un padre o una madre va a recoger a su hijo a la salida de la escuela, las puertas se abren y sale una multitud de niños. Pero en el instante en que reconoces a tu hija o a tu hijo, los demás niños que están a su alrededor simplemente desaparecen de tu percepción. Lo único que ves son cuerpos moviéndose, figuras

que pasan, pero en tus ojos, en tu corazón y en toda tu vida, solo existe ese ser vivo que es tu propio hijo o hija.

Los demás están ahí, pero es como si no los vieras, porque tu corazón no se enfoca en ellos. Si tu mente no se centra en alguien, tu cerebro no procesa su forma, su aspecto, su existencia. Tu corazón, tu mente y tu conciencia solo tienen espacio para tu hija o tu hijo.

Eso es lo que llamamos apego, ¿lo entiendes?

Esta orientación obsesiva, esta inclinación fija y cristalizada, a su vez termina endureciendo la cognición mental que subyace a tu personalidad. Cuando tu mente solo es capaz de ver esta taza de café, todos los recuerdos relacionados con ella —su sabor sutil, sus sensaciones concretas, la profundidad de la experiencia que te produce— se graban la Percepción del Alma, atravesando la cognición: el rastro de su aroma, la secuencia mental de recuerdos, las sensaciones específicas, todo ello fijado como un estado rígido de percepción.

Y así, en la Conciencia Perceptiva de tu Alma queda sellada la marca de un “yo” apegado, junto con los hábitos y patrones mentales asociados a esta taza de café.

Ese “concepto” no es una construcción lingüística ni una

idea lógica, sino un estado de sensaciones: aliento, aroma, sabor, percepción... Es un fragmento de percepción del “yo” generado por la cognición de tu personalidad, que queda grabado en la Conciencia Perceptiva del Alma.

Estos fragmentos de apego y cognición del “yo”, que se forman y se acumulan uno tras otro, terminan condensándose en la Percepción del Alma hasta convertirse en una réplica viviente de ti mismo: un doble idéntico a tu personalidad terrenal, con la misma apariencia, los mismos pensamientos, las mismas experiencias, los mismos recuerdos y los mismos hábitos mentales; incluso con el mismo temperamento. Todo es exactamente igual.

Cuando este cuerpo muera, cuando tu conciencia se disuelva, cuando tu “yo” de la personalidad se extinga y tu cognición mental llegue a su fin, entonces Él despertará. En la Percepción del Alma (en lo más hondo de tu Mente Reflexiva) esa identidad latente, tejida a partir de todos los apegos acumulados durante tu vida, emergerá como un microcosmos de ti mismo: una réplica exacta hecha de tus memorias, emociones, temperamento, deseos y percepciones, todo comprimido en una réplica exacta.

Mira, es como cuando ves esta taza de café con tus ojos. Tu conciencia mental la percibe, pero cuando no interviene el “yo” de la personalidad, la mente simplemente ve. El café no es más que un nombre, una forma; aparece y desaparece.

No deja en tu Conciencia Perceptiva del Alma la huella de un “tú que ama apasionadamente el café”. Por eso, cuando mueres, aunque esta escena pueda surgir de nuevo, lo único que se reproduce es el proceso mismo de tu percepción al contemplar aquel fenómeno.

En el momento de mi muerte, recordaré fugazmente este instante en que bebo café. Pero ver esta taza será exactamente igual que ver esta mesa: simplemente un acto de percepción, sin implicación ni carga alguna. En el Dharma budista, esto se llama “karma neutro”. El karma se clasifica en bueno, malo y neutro. Este último no deja huella alguna en la Conciencia Perceptiva del Alma; por eso se le llama el “karma neutro”.

Pero, aunque estoy profundamente apegado a esta taza de café, después de la muerte (cuando el cuerpo, la conciencia, la personalidad y la mente cognitiva hayan desaparecido), la Percepción del Alma será liberada. En ese instante, la luz cristalina de la Esencia de la Visión se manifiesta atravesando la Conciencia Perceptiva (del alma).

Estas dentro de esa luz, en su proyección (como esa luz que se proyecta desde detrás de una pantalla), se ilumina el lienzo de la Percepción del Alma, y sobre ese lienzo se proyecta las reflexiones de la mente, es decir, aparece tu “yo” de la personalidad...

Tu “yo” personal controla y dirige tu cognición mental, grabando en la Conciencia Perceptiva del Alma escena tras escena de recuerdos. Esos recuerdos darán forma a un nuevo “tú”: un ser aparentemente idéntico (con los mismos pensamientos, las mismas emociones y las mismas sensaciones), pero que, en realidad, no eres tú. Porque tú ya has muerto.

Ese nuevo “tú” no es más que la condensación, la cristalización de las huellas de tus antiguos pensamientos. Y en el instante en que el cuerpo perece, la conciencia se extingue, el ego se disuelve y la cognición mental se desvanece... Él se despierta a la existencia de nuevo.

Él es la memoria condensada de todo tu “yo” de la personalidad: tus alegrías, tus tristezas, tus apegos y tus deseos.

Se proyectará nuevamente sobre el lienzo de la Conciencia Perceptiva del Alma, presentando una vez más cada episodio de tu vida, grande o pequeño: desde las escenas neutras que tus ojos contemplaron sin apego, hasta aquella taza de café vista con deseo.

También aparecerán los rostros del amor (tu primer amor, tu pareja, tus pasiones, tus amantes), así como tus

hermanos, hermanas, y todas las historias de afecto, rencor y vínculo emocional.

Cada día y cada instante; cada fluctuación de emoción, cada pensamiento errante, cada apego y cada impulso escondido en tu subconsciente... todo quedará expuesto con total claridad ante la mente reflexiva.

En apenas una fracción de segundo, toda tu vida se desplegará por completo.

Porque en ese espacio de la mente reflexiva reside la esencia concentrada de todos los recuerdos y experiencias de tu vida, la condensación misma de tu sensación de ser.

Esa condensación pertenece a una dimensión distinta del espacio humano: su naturaleza no es la misma. En ese ámbito, el tiempo no fluye como aquí; quizá sea más lento... o tal vez más extenso. No lo sé con certeza (nunca he estado allí para comparar), pero su noción de tiempo y espacio es completamente diferente.

En ese estado, en cuestión de segundos incluso en milésimas de segundo, tu vida entera se despliega con un detalle implacable, hasta el último instante.

¿Os habéis dado cuenta de que ahora explico el tema del

alma con más detalle que antes? Cuando hablo del alma, de la Mente Reflexiva, lo hago con una precisión inédita. ¿Por qué? Porque he descendido al mundo humano, ¿entiendes? Antes solo conocía lo básico, hablaba de la Mente Reflexiva de las personas, pero no conocía a fondo los detalles de su funcionamiento, ya que no había llegado hasta aquí. Ahora, en cambio, estoy realmente acercándome al núcleo mismo de esa Mente Reflexiva.

Me encuentro en el proceso de avanzar de la Conciencia Perceptiva del Alma a la cognición mental. Aún no he logrado traspasar plenamente ese ámbito de la cognición. Sin embargo, ya he ingresado en el canal de la mente cognitiva, que se origina en la esencia misma de la Conciencia Perceptiva del Alma. Ahora ya me hallo dentro de esa cognición mental, aunque todavía no he penetrado su núcleo ni he alcanzado el ámbito de la cognición del “yo”.

Por eso estoy cada vez más cerca de esa Mente Reflexiva, pues esta no es otra cosa que una huella grabada por la cognición mental sobre el lienzo de la Conciencia Perceptiva del Alma.

Y es precisamente por eso que, al hablar de este tema, puedo hacerlo con mayor detalle y sutileza: porque ahora puedo verla con claridad.

Ah, este es precisamente el proceso que todo ser humano inevitablemente experimenta al morir. En apenas una fracción de segundo, toda la memoria y la experimentación de tu vida entera se manifiestan...

Y os digo: no es que “veas” algo desde fuera, sino que aquello que contempla toda tu vida eres tú mismo viviéndolo de nuevo, plenamente inmerso en ello, aquí y ahora, en tiempo real.

Tras la muerte, la consciencia muere, el cuerpo muere, el “yo” muere, y también muere la cognición mental.

Sin embargo, esas reflexiones de la mente que existe detrás de la cognición mental y por encima de la Percepción del Alma, cuando despierta, es tan real como si ahora mismo os estuviera hablando.

Solo que se manifiesta como un telón de fondo, en un estado de pura Conciencia Perceptiva sin pensamiento.

Desde ese estado, contempla con absoluta claridad la personalidad de tu “yo” experiencial (tal como vivió en esta vida), viendo cada día, cada hora, cada minuto y cada instante, junto con sus emociones, sensaciones, deseos, pensamientos, recuerdos, e incluso los impulsos más

profundos del subconsciente.

Y entonces, tras esos pocos segundos en los que tu vida se disipa, esa Mente Reflexiva se retira temporalmente. Queda un intervalo, un lapso de vacío que dura algunos minutos; calculado según la medida del tiempo humano, serían unos diez minutos aproximadamente. En ese momento, es como alguien que ha corrido una vuelta entera alrededor del campo de deporte: agotado, necesita detenerse y descansar un poco. No es que haya muerto, simplemente entra en un breve descanso, una pausa transitoria.

Este momento es sumamente crucial: es el tiempo de la realización en el estado intermedio, el bardo.

Cuando la Mente Reflexiva (esa condensación del “yo”, de la memoria y personalidad) entra en reposo, sobre el lienzo de la Percepción del Alma se proyecta una luz proveniente del universo de la Conciencia Perceptiva del Alma.

Esa luz se llama la “Esencia de la Visión”: la naturaleza de ver, surgiendo desde lo visto, expresándose como un espacio diáfano, puro y cristalino.

Esa luz (si logras percibirla y fundirte en ella), en ese instante, ya no eres la Mente Reflexiva, sino la Conciencia Perceptiva del Alma.

Si la Conciencia Perceptiva dentro de esa luz logra integrarse plenamente con ella, te conviertes en la pureza misma que habita en su interior.

Entonces accedes a los niveles superiores de los Tres Reinos, renaciendo como un ser del Reino de la Forma o del Reino sin Forma.

Decide el futuro de tu alma: la fundición de la Conciencia Perceptiva con la luz

La muerte no es un fenómeno externo, sino una forma de percepción interior de la mente.

Como solemos decir, el ser humano posee conciencia, sensación, cognición y percepción. Por ejemplo, cuando miro mi mano: en el instante mismo en que mis ojos la ven, mi conciencia lo sabe de manera directa —“veo mi mano, mis ojos están viendo mi mano”.

La conciencia y la facultad visual actúan casi al unísono; eso es lo que llamamos la conciencia humana. Y la cognición mental, esa certeza interna que afirma con claridad que “veo mi mano”, esta afirmación, este mecanismo de comprensión interior, es la cognición.

Por un lado está la conciencia superficial, que percibe que ante mí hay una mano, mis ojos ven la mano y mi conciencia afirma que “es mano lo que veo”. O sea, Mi mente sabe con certeza que “me doy cuenta de que ‘he visto mi mano’”.

Estos son tres niveles distintos del conocer: la conciencia, la facultad visual y la afirmación interior.

La cognición es un sentido de certeza, una confirmación de lo que ves, piensas, percibes, escuchas o tocas. Cuando mi mano toca mi cabeza, sé que “mi mano ha tocado mi cabeza”. Este “saber” interno, esta certeza, constituye la cognición humana. Paralelamente, también existen las sensaciones humanas.

Por ejemplo, cuando navegas por internet, de pronto ves que, en un grupo de familiares o amigos, alguien te insulta, habla mal de ti, inventa rumores o te difama con mala intención.

Lo que ves son solo letras en la pantalla, frases como: “Fulano me debe dinero tal día y no me lo ha devuelto” o “Fulano se comporta de manera inapropiada fuera de casa”.

Lo que ves son solo palabras, pero detrás de ellas percibes la intención de la otra persona, ¿verdad? ¿Qué quiere conseguir? ¿Qué motivo hay detrás de esas palabras? ¿Qué propósito la impulsa?

Esa intención se refleja en tu corazón, y entonces sientes que te han herido, te invade la tristeza. Miras esas palabras y piensas: “¡Todo esto es una invención, un rumor sin fundamento!” Comprendes que actúa con mala intención, tratando de dañar tu imagen y mancillar tu reputación.

Y por eso experimentas dolor, angustia; eso que surge dentro de ti son tus sensaciones. Lo que sientes (como todo ser humano) está necesariamente vinculado a la distinción de la conciencia.

Si no existiera esa facultad distintiva, las palabras que ves no despertarían en ti ninguna sensación. En otras palabras, tus sentimientos siempre se basan en la experimentación del “yo” que los sostiene y en la estructura lógica y conceptual con la que interpretas esa experiencia.

Por ejemplo, cuando alguien dice que tú tienes deudas y no las has pagado, “no pagar las deudas” es solo un concepto, ¿verdad? Pero ese concepto despierta en tu interior una experimentación asociada a la imagen que tienes de una persona así: “alguien que no paga lo que debe”, “una persona de mala conducta”, “alguien de carácter despreciable”.

Esa asociación se convierte en una experimentación interna. Cuando esa experimentación se une al concepto de “deudor irresponsable”, causa en tu mente una sensación: “¡Yo no soy así! ¡Me están calumniando!” y por eso te sientes dolido.

Esto es lo que llamamos sentimiento humano; entre la cognición y la conciencia, existe ese nivel intermedio: la sensación.

Hoy voy a hablaros sobre la Conciencia Perceptiva del Alma.

La Conciencia Perceptiva es algo así como... ahora que ya has formado tu propia familia y llevas una vida independiente, una vez por semana vuelves a casa de tus padres para comer con ellos. Ese día, al llegar y entrar por la puerta, ves a tus padres sentados en el sofá, como de costumbre: tu padre está leyendo el periódico y tu madre, quizá, ocupada con alguna tarea doméstica. No dicen nada, sus expresiones parecen amables, pero de manera instintiva e inmediata percibes que algo en su estado emocional no está bien.

Esta percepción no surge a través del lenguaje tampoco interviene el discernimiento de la conciencia, porque la conciencia solo puede distinguir fenómenos, ¿entiendes?

La conciencia únicamente reconoce las manifestaciones fenoménicas, es decir, aquello que los ojos pueden ver. Y lo que los ojos ven siempre son apariencias, no pueden ver las emociones. Las emociones solo pueden ser captadas a través de la Conciencia Perceptiva.

Y entonces percibes que algo no anda bien en el estado emocional de tus padres: intuyes que quizá acaban de discutir o de enojarse. Notas que tu madre está algo decaída

y que el ánimo de tu padre está alterado.

Todo esto lo percibes a través de tu Conciencia Perceptiva, porque, aunque no han dicho nada y su apariencia externa parece normal, tu percepción capta esas fluctuaciones emocionales. Esto es la Conciencia Perceptiva del ser humano.

Existe otra situación: la capacidad de percepción intuitiva o resonancia espiritual. Esta capacidad pertenece al ámbito de lo divino, al ámbito de la espiritualidad.

Por ejemplo, entre hermanos gemelos, o entre padres e hijos biológicos: aunque estén separados por miles de kilómetros, si de pronto el hijo que vive en el extranjero sufre un accidente grave —una crisis que amenaza su vida—, los familiares pueden llegar a percibirlo de manera intuitiva.

Los padres, que están en China sin tener noticia alguna de lo ocurrido, de repente sienten una inquietud inexplicable, como si algo muy importante se hubiera perdido. O perciben, en lo más profundo, una súbita conmoción que escapa por completo al control de su mente y de su cuerpo. Es como si algo hubiera caído de golpe, como si hubieran perdido algo invisible pero esencial y vital para su propia existencia.

Esta capacidad de percepción intuitiva forma parte de una conexión espiritual.

Lo que hoy os quiero explicar es: la Conciencia Perceptiva.

¿Qué es la Conciencia Perceptiva? Todos la poseemos. De hecho, podríamos decir que nuestro “yo”, el “yo” humano, surge precisamente de esa Conciencia Perceptiva. Nuestro “yo” nace de ella y, al final, cuando este cuerpo muera, también regresará a ella.

¿Qué es la Conciencia Perceptiva? Todos tenemos experimentación del “yo”, y una comprensión de sí mismo, “¿quién soy “yo”?”. Detrás de ese nombre y ese concepto de “quién soy” se encuentra la experimentación del “yo”.

Reflexionen detenidamente: ¿qué es esta experimentación del “yo”? Esta experimentación es una costumbre (una tendencia) solidificada por la cognición del “yo”.

Por ejemplo: me gustan los piñones. “Piñones” es un nombre conceptual; “gustar” es un deseo. Ese deseo subjetivo de “gustar”, al unirse con la etiqueta conceptual, conforma en mi interior una sensación: la cristalización del aroma y del sabor de los piñones.

Porque existen los piñones y porque atribuimos a su aroma esa etiqueta concreta, surge simultáneamente un “yo” que

come piñones y un “yo” apegado al aroma de los piñones.

Me gusta comer piñones, me gusta la comida picante, disfruto de las barbacoas, me encanta ver películas, me atrae la luz y temo a la oscuridad. Prefiero dormir en lugares frescos, no me agradan los sabores agrios, me agrada cierta gente y siento aversión por otra. Tengo buena relación con mi padre, pero no así con mi madre.

Todos estos conceptos y etiquetas van consolidando en el interior hábitos mentales, son la combinación entre la cognición y tendencia habitual, y juntos dan forma a la experimentación del “yo” que subyace a tu cognición.

Reflexionad con atención: en el interior de cada uno de vosotros existe una vivencia del “yo”. Esta vivencia del “yo” está formada por hábitos arraigados, solidificados por vuestra propia cognición. Y estos hábitos no proceden de un solo concepto; son incontables conceptos que, al haberse endurecido, conforman el ámbito y el contenido de vuestra experiencia interna, diferenciándola de la experiencia de cualquier otra persona.

Incluso si fuerais hermanos gemelos, idénticos en apariencia, vuestras experiencias internas del “yo” seguirían siendo completamente distintas. ¿Lo comprendéis?

Porque esa vivencia del “yo”, esa cristalización de hábitos moldeados por la cognición, se sostiene sobre una infinidad de pensamientos sutiles y de experiencias acumuladas. Y ese trasfondo jamás puede ser idéntico en dos personas.

Ni siquiera los hermanos gemelos, ni siquiera quienes han crecido juntos en un mismo espacio, pueden compartir una misma base interna. Por eso, la vivencia del “yo” nunca puede ser igual en dos individuos.

Las diferencias en la vivencia del propio “yo” dan lugar a diferencias en la comprensión de cada uno. Y estas divergencias en la comprensión generan distintos ángulos, contenidos, niveles y ámbitos internos. Todo ello influye directamente en la manera en que la cognición impulsa a la conciencia a analizar los fenómenos del mundo, produciendo así diferentes visiones de la vida, valores y perspectivas para interpretar el mundo.

Por eso sucede que, aunque veas a dos personas físicamente idénticas, sus personalidades pueden ser totalmente diferentes. Sus perspectivas para comprender el mundo, su profundidad interior, su nivel de consciencia, sus pensamientos y su lógica son distintas. En última instancia, la razón fundamental es que su experiencia interna del “yo” no es la misma.

¿Qué es la Conciencia Perceptiva? En lo profundo de tu mente, en tu mundo interior y dentro de tu propia experiencia, cuando se disuelve el “yo” que experimenta, aquello que permanece detrás de la experimentación misma es la Conciencia Perceptiva.

Esto que os explico es algo que podéis verificar directamente en vuestra propia vivencia; por eso hoy os transmito esta enseñanza.

¿Qué es la Conciencia Perceptiva? Mira: tengo un cuerpo, ¿verdad? Tengo mis ojos, mis cejas y mi pensamiento. Cuando hablo, hablo porque hay una motivación (un deseo) detrás. Y tanto mis deseos como mi consciencia surgen de mi sensación interna del “yo” y mis conocimientos. ¿Correcto?

Primero, encuentra esta cognición del “yo” y esta percepción del “yo”. La cognición del “yo” es ese “saber” de que sé que estoy hablando, esa “certeza” interna y firme de que estoy hablando; eso es la cognición del “yo”.

La autopercepción, en cambio, es lo que está detrás de esa certeza: el conjunto de mis rasgos de carácter, mis hábitos y mis experiencias condicionadas, que conforman mi “yo” de la personalidad.

Dentro de ese estado de personalidad, si cierras los ojos y separas de ella la cognición del “yo” —esa conciencia condicionada que sabe—, lo que queda se llama “Conciencia Perceptiva”.

La Conciencia Perceptiva no muere; o, mejor dicho, la Conciencia Perceptiva nunca ha nacido. Cuando tu cognición del “yo” se hunde en la confusión con la muerte de este cuerpo, la Conciencia Perceptiva no perece. En realidad, nunca ha cambiado; simplemente estaba cubierta por la cognición del “yo”. En el momento de tu muerte, se manifestará por sí misma, recuperando el estado que tenía antes de transformarse en los conocimientos y las sensaciones propias de esta vida. Entonces, despertará.

Esto significa que, en el instante mismo de morir, esa Conciencia Perceptiva vuelve a despertar.

Lo explicaré de otra manera: esa Conciencia Perceptiva es un estado de desconcierto. Como se ha habituado a tus sensaciones y a tu cognición de esta vida, cuando las sensaciones y la cognición comienzan a desintegrarse y a caer en la inconsciencia, ella no se desvanece; es como si emergiera del agua y abriera los ojos, aunque sin saber quién es.

En ese momento, dentro de ella, empieza a asomar (a filtrarse) la luz pura de la Esencia de la Visión que siempre la ha impregnado.

Es decir, cuando una persona muere, su conciencia aferrada al “yo”, después de un breve período de aturdimiento y confusión, vuelve a despertarse; y entonces, aun sin una conciencia subjetiva de sí mismo —sin un reconocimiento claro del “yo”— pero dentro de su propia vivencia interna, puede percibir un rayo de luz que desciende desde lo alto.

Esa luz es la Luz de la Esencia de la Visión: es la manifestación de tu facultad de ver, que se proyecta (a través de la Conciencia Perceptiva) dentro de la autopercepción de la mente reflexiva.

Ese instante, ese brevísimo momento, es decisivo para el destino futuro del alma; este es precisamente el secreto para la realización en el estado intermedio, el “logro en el Bardo”.

La enseñanza que hoy os transmito es un Dharma sobre el significado profundo de la muerte.

Nuestro cuerpo humano es como un molde de fábrica en el que se vierte hierro fundido; al solidificarse, adopta distintas formas, igual que las diversas figuras artesanales

que salen de esos moldes.

Una vez que esta “pieza” ha quedado fundida con la forma, por ejemplo de una taza, si deseas transformar su naturaleza (es decir, guiar el alma humana desde este estado limitado de “taza” hacia el estado de luz) es imprescindible que exista un momento propicio, un punto de inflexión que haga posible esa transformación.

¿Y cuál es ese momento propicio?

Para los practicantes espirituales, suele coincidir con la experiencia próxima a la muerte. Es entonces que, mediante la elección que brota de tu corazón devoto, se activa la naturaleza espiritual de tu ser y su resonancia con el Cielo, y se despierta tu Naturaleza Consciente en correspondencia con el Reino del Dharmadhatu.

De este modo, en el estado de muerte del cuerpo físico, se aviva en tu interior la esencia de la gran sabiduría del Dharmadhatu.

Yo mismo desperté en medio de una experiencia próxima a la muerte.

Existe también otra oportunidad de liberación: el momento mismo de la muerte física. Esto es lo que el gran

Maestro Tsongkhapa, de la tradición del budismo tibetano, describe como el “logro en el estado intermedio” (Bardo): la realización espiritual alcanzada durante el tránsito del cuerpo intermedio.

Este periodo después de la muerte, dura menos de una hora, no más de una hora.

Es decir, tras una vida entera de ochenta o noventa años, o incluso más de cien, lo que realmente determina la naturaleza esencial de tu existencia se decide en una hora.

Durante esa hora, si logras aprovecharla, si en ese estado de Conciencia Perceptiva puedes liberar completa y totalmente las sensaciones y la cognición del “yo” que brotan de la propia Conciencia Perceptiva (soltándolas, aceptándolas, perdonándolas, suavizándolas hasta dejarlas desvanecer y finalmente olvidarlas) entonces la Conciencia Perceptiva dejará de estar velada y arrastrada por la cognición del “yo” y las sensaciones personales.

En ese momento, la Conciencia Perceptiva se fundirá en la Esencia de la Visión.

Es decir, esa luz que desciende desde lo alto y se proyecta sobre la autopercepción de tu alma: si no la rechazas y reconoces que esa luz eres tú

mismo, entonces la sensación del “yo” se disipará. Y cuando esa luz despierte en tu interior, tú serás la propia Esencia de la Visión.

Este es el método más rápido y directo para liberarse en el momento de la muerte.

Al morir, sigue esa luz cálida y segura

La cognición de la mente, arrastrada por esos apegos acumulados que uno mismo ha reconocido, sigue avanzando por pura inercia. A eso se le llama “ser humano”.

El ser humano es incapaz de detener la continuidad de sus propios apegos. La mente, un momento piensa en el este y al siguiente en el oeste, sin poder detenerse ni un solo instante; eso es lo que llamamos “ser humano”.

Por eso, cuando abandones este cuerpo, tu alma, inevitablemente, seguirá entrando en el ciclo del samsara.

Ni siquiera mientras estás vivo puedes detener la inercia con la que tu cognición mental persigue —de manera habitual y pasiva— las memorias y hábitos almacenados en tu interior. ¿Cómo podrías...?

Si aún con vida tu voluntad consciente es incapaz de hacer que tu cognición mental se detenga, ¿cómo puedes esperar que, al morir —cuando el cuerpo se extinga y la conciencia ordinaria se disuelva—, esa continuidad de recuerdos y hábitos almacenados en tus patrones mentales pueda detenerse por sí misma?

Los patrones mentales de tu Mente Reflexiva —esas memorias, hábitos y apegos a los que tu cognición se aferra—, si no puedes purificarlos conscientemente en vida mediante la fe, liberarlos, perdonarlos y fundirlos en la luz, entonces, tras la muerte de tu conciencia, perderás por completo toda capacidad de elección subjetiva.

Lo que queda en la Conciencia Perceptiva de tu Alma —la que está detrás de la cognición mental— se graba en su “pantalla” por los hábitos y experiencias que tu mente reconoció y almacenó durante la vida, y acaba convirtiéndose en sedimentos de memoria y hábito. Eso es tu alma.

Durante la vida, por ejemplo, ahora mismo, los hábitos kármicos arraigados en mi cognición —esas memorias y tendencias que conforman mi personalidad y generan apego— pueden impulsarme a tomar café.

Sin embargo, mi conciencia subjetiva, mi voluntad como practicante, reconoce que en este momento no debo beber café y decide abandonar ese impulso.

A esto se le llama “observar los preceptos”. ¿Lo comprendes?

Practicar los preceptos significa ajustarse al estándar del Dharma y así refrenar los apegos creados por los hábitos y

memorias que ha acumulado el ego a lo largo del tiempo.

Cuando estoy vivo, desde mi “yo” subjetivo, me esfuerzo por seguir los principios del Dharma —desinterés, veracidad, perdón y amor— y así frenar y detener los impulsos negativos que surgen en mi interior, como la mentira, el ocultamiento, la avaricia, la malicia y el egoísmo.

Al hacerlo, surge una tensión entre el “yo” de la fe y el “yo” de la personalidad kármica. En este proceso de confrontación interna, el “yo” sustentado en la fe purificada de manera continua los factores que constituyen el “yo” de la personalidad. A este proceso se le llama práctica espiritual.

El “yo” del pasado es el “yo” cognitivo de la personalidad, formado por la acumulación de hábitos mentales —las impresiones almacenadas de los objetos que la mente ha percibido—, que dan lugar a los apegos del ego.

Por ejemplo, si me gusta mucho el café, puedo sentirme incómodo si paso un día sin beberlo. Cuando digo “me gusta tomar café”, en realidad no me aporto al nombre “café”, sino a la experimentación con su sabor.

Ese sabor es, sin duda, una memoria habitual, no un recuerdo de la conciencia conceptual. La conciencia solo puede recordar el concepto “café” como una idea o un

nombre; pero aquello que conserva verdaderamente la experimentación es la mente.

Si nunca he probado el café y tú me dices que esto se llama “café”, eso para mí no es más que un concepto. Pero cuando pienso en la idea de “café”, lo que inevitablemente surge son los hábitos que mi mente ha almacenado al beberlo, ¿lo ves?

Esas sutiles impresiones, al reunirse bajo el nombre “café”, conforman al “yo” que desea beber café. A eso se le llama “mente aferrada”. Detrás de cada mente aferrada hay un “tú” modelado por esa adherencia que arrastra la cognición.

Tu personalidad no es más que la sedimentación de incontables hábitos kármicos que arrastran y moldean tu modo de conocer. ¿Lo comprendes ahora?

Tu conciencia subjetiva actual —la conciencia subjetiva de todos los seres humanos— en un 99.9% sigue las tendencias habituales de apego y las pautas de cognición de la mente.

Incluso mientras estás vivo, no puedes detener ese “yo” psicológico: la cognición interna impulsada por los deseos, esa personalidad que, de manera impotente y pasiva, se ve

arrastrada a continuar en este mundo persiguiendo los siete sentimientos y los seis deseos, buscando placeres sensuales, codicias y todas las gratificaciones de los seis sentidos y sus objetos.

Entonces, ¿cómo puedes esperar que, después de la muerte de este cuerpo, tu facultad de Conciencia Perceptiva no sea arrastrada por la Mente Reflexiva, ya moldeada por el “yo” de la personalidad?

Si en vida ni siquiera eras capaz de dejar de tomar una taza de café, entonces, cuando este cuerpo muera, esa Mente Reflexiva que almacena tus hábitos cognitivos seguirá deseando beber café. Porque tomar café le hace sentir seguridad y comodidad, ¿verdad?

Cuando mueres, y esa Mente Reflexiva se separa de tu conciencia, de tu personalidad y de las sensaciones propias de la cognición mental; cuando ya no está engañada por este cuerpo ni encadenada por tu pensamiento y tu personalidad, entonces la Mente Reflexiva profundo (guiada por las memorias grabadas en lo hondo del alma por la cognición del “yo”) comenzará a manifestarse. Y lo hará siguiendo sus impulsos instintivos, subconscientes y semiconscientes, explorando y buscando.

¿Y qué buscará? Sin duda, aquello a lo que estabas apegado

en vida: los hábitos acumulados y las experimentaciones solidificadas en la Mente Reflexiva. Continuarás buscando ese café.

Ese estado se llama “cuerpo intermedio” o “estado del bardo”.

Cuando encuentra aquello que persigue, ese estado se denomina “renacimiento”.

Cuando finalmente lo encuentras (cuando encuentras ese “café” que, en tu Mente Reflexiva, corresponde al objeto familiar asociado a tus hábitos) y realmente hallas una taza de café en el mundo real, esa “taza de café” es ya el cuerpo en el que has renacido.

Ese cuerpo podría ser el de un animal, o podría ser humano, aunque esta última posibilidad es muy baja. En la mayoría de los casos (más del 80%) se renace en el reino de los espíritus hambrientos.

La codicia y el egoísmo constituyen la base del renacimiento en ese reino. El egoísmo, la avidez y ese vacío insaciable que nunca puede llenarse: eso es precisamente el fundamento del mundo de los espíritus hambrientos.

Si renaces en el reino celestial, la influencia de la Mente Reflexiva será muy leve. Al entrar en ese reino, la Esencia

de la Visión (esa cualidad clara y luminosa de “poder ver” presente en la Conciencia Perceptiva del Alma) proyectará sobre los patrones habituales de la Mente Reflexiva.

la Mente Reflexiva, que es tu alma, al liberarse de la conciencia superficial, de los recuerdos y de la cognición de la personalidad, percibirá cómo la Esencia de la Visión se refracta al atravesar tus hábitos y pensamientos más sutiles. Tú, en ese estado del alma, verás un haz de luz.

Esa es la Luz de la Esencia de la Visión, que se proyecta sobre tu cuerpo. Seguirás esa luz, porque al iluminar la Mente Reflexiva de tu cuerpo-alma, se manifiesta como una claridad transparente y radiante, nunca deslumbrante: cálida, segura y de una infinita ternura.

En ella sentirás una aceptación sin límites y un amor incondicional. Dentro de esa luz experimentarás una calidez y una seguridad infinitas, porque esa luz soy Yo.

Esa luz soy Yo, que atravieso vuestros corazones y vuestras almas, penetrando el ámbito de vuestro espíritu dentro de los Tres Reinos. Ilumino la Mente Reflexiva de vuestra alma y, así, os conduzco hacia el mundo que se manifiesta en el interior de la Esencia de la Visión.

Allí emergen los mundos proyectados por vuestras vidas

pasadas y por vuestra existencia presente, una cognición que vela la Esencia de la Visión y la cubre con ilusión. A ese lugar se le llama el Reino Celestial.



la Mente Reflexiva de tu “yo” de la personalidad, junto con los recuerdos que ese yo proyecta sobre el cuerpo —la cognición del “yo”, las sensaciones, los hábitos kármicos y las memorias que conforman tu identidad— si se disuelven a lo largo de tu vida, cuando este cuerpo muera, la luz interior que ha despertado en ti no perecerá. En el instante de la muerte, esa luz se unirá al Cielo Espiritual: el reino eterno e infinito que los Grandes Bodhisattvas hacen brillar a través de la Conciencia Última del Universo. Ese es tu regreso al Hogar.

Ahora mi práctica espiritual ha atravesado un umbral decisivo. Mi estado habitual se ha vuelto una espiritualidad

íntegra, pura y luminosa. Esa luz fluye por el canal cristalino de la Esencia de la Visión, traspasa la Conciencia Perceptiva del Alma y penetra en la cognición de la mente.

Es decir, he descendido del universo de la Conciencia Perceptiva (ese cosmos de energías oscuras que el alma experimenta) y he entrado en el ámbito interior de la cognición mental.

Sin embargo, aún no he alcanzado el nivel de la cognición de la personalidad. Ahora mismo me hallo en el punto intermedio entre la cognición mental y la cognición de la personalidad: justamente en la Mente Reflexiva. Por eso puedo describirlo con tanta claridad.

En otras palabras, con mi enseñanza actual ya puedo alcanzar el alma de cada uno de vosotros. Cuando llegue el momento de vuestra muerte, podré guiar vuestra alma en el plano cósmico donde habita vuestra Mente Reflexiva, aprovechando esa afinidad intuitiva y familiar que reconocéis en la esencia que acompaña a mi voz.

De este modo, podré conduciros al Reino Celestial, e incluso a esferas del universo de un nivel aún más elevado.

La manifestación del Reino Celestial: El palacio dorado en el fondo del corazón

Desde la perspectiva de mi personalidad, de mi carácter humano, en realidad me gustan la tecnología y las ciudades modernas. Por ejemplo, aunque no me atraen demasiado lugares como Nueva York (demasiado cargados de un aire mercantilista), sí disfruto de la sensación metropolitana y moderna de ciudades como Vancouver, Washington, Pekín o Shanghái.

Pero cuando la verdadera escena del Cielo, su auténtico estado, se revela en lo más profundo del cuerpo y de la mente, todo aparece como antiguas construcciones, muy similares a los palacios imperiales de la dinastía Tang. Los tejados tienen aleros y crestas larguísimos, cubiertos por relucientes tejas de vidrio dorado colocadas una a una, y las columnas se alzan imponentes y elevadas.

Si quisiéramos medir las construcciones del cielo usando proporciones físicas, tomando como referencia el alcance de los estados de energía, una sola edificación celestial (un solo palacio imperial) podría contener aproximadamente mil galaxias; quizá entre mil y mil quinientas constituirían el espacio que ocupa un palacio en el cielo.

Y, aun así, decirlo así es quedarse corto. Porque el reino celestial no está compuesto por un único nivel, ¿sabes? No se parece al mundo fenoménico que conocemos. La esencia interna del cielo es una...

¿Habéis visto esos amaneceres en el bosque, cuando la luz del sol atraviesa las hojas y desciende en columnas luminosas? En esos rayos puede percibirse el sutil vaivén de luces y sombras...

Pues bien, el cielo guarda una cierta semejanza con esa imagen; sin embargo, está enteramente configurado por una luz sagrada, de un dorado puro. Y esa luz, por su propia naturaleza, no podría componerse de un solo estrato de fotones: en su interior se extiende una infinitud de partículas aún más sutiles y profundas.

Diferentes tipos de partículas de luz constituyen las edificaciones de los mundos celestiales en sus distintos planos. Aunque difieren en algunos detalles, en lo esencial son casi idénticos... muy semejantes entre sí.

Sin embargo, en esencia, las construcciones de cada estrato del espacio celestial... algunas son verdaderamente majestuosas, comparables a los palacios imperiales de la dinastía Tang, imponentes de verdad. Me refiero a esas célebres columnas de los nueve dragones, con dragones

dorados enroscados en los pilares, o a esos suelos revestidos de jade blanco, ágata y toda clase de gemas preciosas.

Ahora bien, este tipo de arquitectura pertenece a los niveles más bajos del reino celestial. Y precisamente por hallarse en planos inferiores, son también los que más se aproximan al mundo humano.

Además, al contemplar el cielo, no existe realmente la sensación de “mirar”. Cuando lo percibo, no son mis ojos los que ven, ni es un acto voluntario de mi mente. Más bien, el cielo aparece dentro de mi conciencia: en un ámbito infinito que se despliega en lo más sutil de la mente y de la consciencia, más allá de ambas.

Aunque este reino se aproxima al plano fenomenológico donde surgen nuestras experimentaciones mentales y nuestra consciencia de existir, no queda manchado por los hábitos energéticos propios del mundo de las apariencias. Es la capa del cielo más próxima al ser humano.

Es sumamente... indescriptible. Cuando lo contemplo, me encuentro en un estado de quietud absoluta: una serenidad diáfana, sin pensamientos, clara y estable. Podría decirse que es precisamente en esa paz profunda, en esa transparencia sin pensamiento, cuando el Cielo se revela.

Y una vez que se manifiesta, incluso mis hábitos internos pueden llegar a experimentar una sensación de solemnidad, de majestad y de sacralidad verdaderamente sobrecogedora.

¿Sabéis? Entre todas las emociones y percepciones humanas, aquello que más se aproxima a la experiencia del Cielo es la sensación de solemnidad, de majestuosidad, de pureza y de santidad.

Sin embargo, más allá de esa solemnidad, pureza, majestad y santidad, existen niveles aún más profundos: mundos infinitamente sutiles, formados por luz, inconmensurables y vastos, de una belleza que desafía toda descripción.

Pero ese reino ya no pertenece a lo humano; es el ámbito habitado por seres divinos. En él moran los Ocho Inmortales transmitidos por la historia china, como Lü Dongbin; los cultivadores taoístas que realizaron el Dao; los santos de las religiones occidentales; y también aquellos practicantes budistas que alcanzaron estados como los de śrāvaka y pratyekabuddha. Es decir, todos aquellos que no han accedido aún a la realización de los grandes bodhisattvas ni a la integración con el Dharmadhātu, pero que han logrado un alto grado de perfección espiritual, residen en este lugar.

En ese ámbito no puede decirse que no haya forma. No

es que carezcan de cuerpo; lo tienen, pero se trata de una forma completamente espiritualizada.

Dicho en lenguaje humano, es una forma enteramente psíquica. Sin embargo, en realidad, ese estado de pura espiritualización ya se ha liberado del dominio configurado por los hábitos kármicos de la distinción mental. Lo que allí se manifiesta es, más bien, un reflejo proyectado desde el Cielo —el universo espiritual.

Es como un haz de luz que se proyecta en aguas cristalinas: el vaivén de las ondulaciones transforma esa luz, haciéndola manifestarse en estados diversos. Ellos son precisamente esos estados; las distintas configuraciones de esa luz.

Son enteramente abstractos y, sin embargo, de una sutileza y una realidad incomparables: una forma de vida pura.

No obstante, en comparación con el Cielo, siguen siendo una ilusión; y frente al universo espiritual, continúan siendo reflejos.

Pero desde el plano humano, constituido por el karma, ellos se revelan como una vida puramente abstracta y totalmente espiritualizada: infinita, de historia inconmensurablemente remota, colmada de gozo inagotable y de una bienaventuranza exquisita. Eso es lo que se denomina el

mundo de los seres divinos.

Los palacios dorados a los que me referí —resplandecientes como los fastuosos palacios de la dinastía Tang y extensos como mil galaxias— constituyen el lugar al que van los practicantes ordinarios después de la muerte cuando no han logrado ingresar en el universo espiritual ni liberarse del ciclo de nacimiento y muerte. Al no convertirse tampoco en seres divinos, allí permanecen simplemente como personas comunes, habitantes de ese ámbito.

La vida de los seres en este lugar es relativamente breve; quizá... porque por ahora aún no he podido observar con total minuciosidad la existencia concreta de cada forma de vida dentro del cielo. Solo tengo una comprensión general. Esto podría considerarse el reino celestial.

Las almas humanas que ingresan en el reino celestial... si lo medimos según el tiempo humano, suelen tener una longevidad de, por lo general, cientos de miles de años. En términos humanos, normalmente se cuentan por cientos de miles de años; en casos más longevos, pueden alcanzar varios millones de años. Sin embargo, es muy poco común que superen los diez millones de años; quienes alcanzan ese nivel ya se aproximan al estado de los seres divinos.

Para los seres divinos, dentro de su propio ámbito de

realización, diez millones de años constituyen una prueba de transformación. Ellos deben atravesar esta tribulación: tras el transcurso de diez millones de años, descienden una vez para llevar a cabo una purificación, y luego ascienden de nuevo. Por ello, su experiencia del tiempo es extremadamente prolongada.

En cambio, los seres que habitan los resplandecientes complejos de palacios del reino celestial, con solo ingresar allí, incluso en el caso más breve, pueden permanecer al menos siete u ocho siglos. Sin embargo, desde la perspectiva de aquellas deidades de nivel superior, que existen en planos más elevados, más sutiles y puramente espirituales, ese lapso no es más que un instante, tan efímero como un chasquido de dedos.

Es como el tiempo en que dos personas intercambian un breve diálogo:

— “¿A dónde vas hoy?”

— “Voy al palacio de tal o cual deidad para felicitarle por su cumpleaños.” En el instante en que pronuncian estas palabras, la persona que abandonó su cuerpo físico en la tierra y asciende al reino celestial, después de la conversación de 20 segundos descienda nuevamente.

Porque cuando se llega al reino cósmico de los seres divinos, lo que constituye su forma de vida es una percepción sutil,

armoniosa y pura, manifestada como formas lumínicas de abstracción suprema.

Al liberarse del tiempo, el ser se desprende por completo de la atracción del mundo energético proyectado por la distinción mental y los hábitos kármicos acumulados. Por ello, la experiencia del tiempo se vuelve extraordinariamente extensa.

Pero incluso ese ámbito en el que existen los seres divinos (extremadamente sutil, semejante al juego cambiante de la luz en el agua, de una belleza delicada, etérea, de pureza y dicha absoluta), desde la perspectiva del Cielo Espiritual, nunca ha llegado realmente a manifestarse.

Es como una fina bruma flotando sobre la superficie del agua, o como los destellos que se forman cuando la luz penetra en el agua y las ondas hacen que los reflejos oscilen y se mezan. En el universo espiritual, todo ello no es más que una imagen ilusoria, una apariencia vacía.

Pero, aun siendo ilusorio, para los seres humanos ese estado representa una felicidad prácticamente infinita, porque en él la vida casi no enfrenta el problema de la muerte.

Sin embargo, no se trata de una verdadera liberación del nacimiento y la muerte. No es como entrar en el universo

espiritual, donde tú y el cosmos sois una sola realidad: nunca ha existido un “tú” con forma física, ni un “tú” con conciencia individual separada.

Quienes ingresan en el auténtico Cielo de la vida del universo espiritual son seres que se convierten en parte misma de ese Cielo. Allí no existe ni muerte ni nacimiento. O, mejor dicho, todo aquello que alguna vez apareció dentro del nacimiento y la muerte —tu voluntad individual, tu experiencia del “yo”, tu forma particular y la cadena de causas y efectos— no fue más que un sueño.

Cuando despiertas de ese sueño, ya nunca vuelves a ser arrastrado por él. Eso es el universo espiritual.

Por debajo del universo espiritual se encuentra lo que llamo el cielo de los seres divinos. En este reino, no han trascendido el ciclo de vida y muerte, por lo que, aproximadamente cada diez millones de años, deben descender para atravesar una tribulación.

Durante ese proceso, reencarnan en cuerpos humanos para resolver los efectos kármicos acumulados —las memorias, emociones y fenómenos causales almacenados a lo largo de sus existencias—. Sin embargo, en comparación con la vida humana, su longevidad es infinitamente vasta.

El universo de los seres divinos posee una característica

particular: en ese ámbito, la vida de estos seres (formada por la luz del cielo divino) está en resonancia mutua con el Emperador Celestial de ese nivel.

O, dicho de otro modo, ellos poseen la capacidad de que el pensamiento se manifieste de inmediato en la realidad.

Aquello que en nuestras leyendas se describe como “manifestar según la voluntad”, “invocar el viento y la lluvia” o “suspenderse en el aire”, para ellos es algo habitual, tan natural como para nosotros tomar un objeto con la mano. Mediante un solo pensamiento, pueden crear instantáneamente un mundo entero.

Ellos son los que la humanidad considera “dioses”, sin embargo, desde la perspectiva del Cielo Espiritual, pertenece tan solo a los seres de un sueño: proyecciones ilusorias, sombras sin existencia real.

Atravesar la muerte: La redención más directa de dios para el alma

La mente y la conciencia del “yo” están compuestas por pensamientos sutiles acumulados en la memoria.

La memoria está compuesta de dos partes, en su raíz se halla la cognición de la mente, de la cual surgen las motivaciones y voluntades subjetivas.

En su manifestación, la distinción de la conciencia y los conceptos solidifican la experimentación mental y dan lugar a la lógica del pensamiento.

Cuando las aspiraciones e intenciones del corazón se combinan con el pensamiento conceptual, se configuran la sensación de sí mismo y la conciencia del “yo”.

Cuando el fundamento de la memoria, es decir, las intenciones y los impulsos volitivos, se desprende del proceso cognitivo, la mente entra en un estado de vacío.

Este es precisamente el estado intermedio que el budismo describe con la expresión:

“el pensamiento anterior ya ha cesado y el siguiente aún no ha surgido”.

El Gran Maestro Huineng, Sexto Patriarca de la escuela Zen, dijo al general que acudió en busca del Dharma:
Sin pensar en el bien ni en el mal. Justo en este instante, ¿cuál es el rostro original del Venerable Ming?

El Bodhisattva Śāntideva dijo:
En el intervalo entre un pensamiento y otro, está el buda.

Solo cuando se realiza directamente que la cognición de la mente se ha desprendido de la cognición del “yo”, y se ha liberado del cascarón de la personalidad formada por la mente y la intención, el practicante apenas comienza a franquear la puerta de la liberación.

La religión pertenece al ser humano; la práctica pertenece a los dioses y a los budas. La verdadera práctica no tiene manifestación externa.

Toda transformación de la vida se completa en las profundidades más íntimas del corazón-mente, en el microcosmos interior.

Cuando la cognición mental deja de suscitar toda “intención”, es decir, cuando las motivaciones y los deseos se extinguen por completo, el sentido del “yo”, formado por la continuidad entre el pensamiento y la experiencia sentida, se desprende. Es como si, estando completamente

desnudo, te quitases un pesado abrigo de algodón.

En este instante, el practicante se halla en un estado de amnesia del cuerpo físico; sin embargo, la consciencia interior permanece despierta. No hay intención ni impulso volitivo, no hay memoria mental ni construcciones conceptuales.

En el ámbito de la cognición mental, se han disuelto los recuerdos del “yo” ligados a la personalidad, y se ha perdido la familiaridad con los órganos de este cuerpo.

La cognición se encuentra entonces en un estado de ligereza, júbilo, expansión y flotación, surgido tras la liberación del “yo” de la mente intencional.

Resulta que el verdadero “yo” nunca ha sido el “yo” de la personalidad mental.

En el estado de amnesia, cuando todos los recuerdos desaparecen, deja de existir el “yo” de la personalidad. Lo único que permanece es la cognición inicial de la mente.

Antes de que esta cognición llegue a familiarizarse con el cuerpo físico, la personalidad no puede formarse.

Por ello, quien ha perdido la memoria se halla en un estado

de desconcierto: no sabe quién es el “yo” de la mente intencional, ni reconoce como propio el funcionamiento de este cuerpo.

Cuando la cognición mental se halla en un estado de desconcierto, ello demuestra que la cognición puede existir de manera independiente, separada de las intenciones y los propósitos, y desligada de la consciencia mental ordinaria.

La cognición mental no “muere” por haberse liberado de las intenciones y deseos, por desprenderse de la memoria o por la disolución de la personalidad del “yo”.

La cognición simplemente deja de ser aglutinada por las intenciones volitivas y deja de ser definida por la consciencia de la personalidad.

Dicho de otro modo, la cognición liberada de las cadenas de la personalidad mental es precisamente el estado en el que tu alma se encontraba al entrar por primera vez en este cuerpo.

Ese es un estado de desconcierto en la vivencia del alma.

La cognición es la determinación que realiza la Percepción del Alma respecto al estado de existencia del cuerpo físico. Por reconocer las reacciones del cuerpo, las sensaciones

del alma se condensan, dando lugar a la cognición inicial de la mente.

Este es precisamente el proceso vivencial que experimenta un recién nacido cuando, tras abandonar el vientre materno, su mente comienza a familiarizarse con el cuerpo.

La cognición mental es un estado de condensación que se forma cuando, durante el proceso de familiarización con el cuerpo físico, la Percepción del Alma es continuamente estimulada por la información proveniente de las seis raíces sensoriales.

Dicho de otro modo, antes de condensarse en el estado de cognición mental, la esencia de la cognición es la Percepción del Alma.

Y la Percepción del Alma es, dentro de la Conciencia Perceptiva del Alma, la memoria sutil de los hábitos que la conciencia ha percibido. Los pensamientos sutiles solidifican esos hábitos, formando percepciones; y la naturaleza esencial de la percepción no es otra que la sedimentación de dichos hábitos.

Por ello, las percepciones del alma, de manera involuntaria y pasiva, se ven arrastradas por la corriente de los hábitos y de la fuerza kármica.

En la memoria de esos hábitos residen las causas y condiciones del bien y del mal, así como los recuerdos del deseo, que tiran y conducen a la Percepción del Alma. Al interactuar con las afinidades del karma pasado, la fuerza kármica se manifiesta como experimentaciones de carácter físico y materializado.

Las memorias, hábitos y pensamientos sutiles contenidos en la percepción, concretan su contenido y lo proyectan en imágenes, dando lugar al mundo material que experimentamos como realidad.

Este es el proceso concreto mediante el cual el alma toma renacimiento.

La Percepción del Alma es, en esencia, un estado de memoria de los pensamientos sutiles de los hábitos kármicos.

En lo más hondo de la cognición (o, dicho de otro modo, detrás de la cognición) se encuentra la Conciencia Perceptiva del Alma.

Y entre la Conciencia Perceptiva del Alma y la cognición mental existe aún otra capa de vida: la Mente Reflexiva, es decir, el subconsciente profundo de la mente.

Esta Mente Reflexiva es aquello mediante lo cual el “yo” de la personalidad, las motivaciones volitivas y las intenciones mentales movilizan la cognición, dejando su impronta en la Percepción del Alma: las experiencias de la intención se manifiestan como pensamientos sutiles, sensaciones delicadas, hábitos arraigados y memorias condicionadas.

la Mente Reflexiva es, en esencia, la memoria sutil de hábitos de la cognición mental frente a las intenciones de bien y mal de la personalidad, a las experiencias del deseo y a los procesos emocionales.

Tras la muerte del cuerpo físico, a medida que los órganos se degradan y la conciencia mental se extingue, la cognición interna cae en un estado caótico, semejante a la amnesia: una confusión profunda y una sensación de total desamparo.

En este momento, el tú que conoce con la mente no sabe quién eres, ni comprendes cuál es el estado de existencia al perder el cuerpo físico. El tú de ahora es cognición condensada a partir de las Percepciones del Alma, un estado de liberación tanto del cuerpo como del “yo” volitivo de la mente.

La cognición mental en este preciso instante es el estado

primordial del conocer: sin los recuerdos del “yo” mental, sin la familiaridad del cuerpo físico.

La esencia, el núcleo, la naturaleza y los componentes de la cognición no son sino hábitos cristalizados de las percepciones del alma; por ello, la cognición no puede dejar de estar extraviada.

Cuando la cognición no sabe quién es, no sabe dónde se encuentra, no sabe hacia dónde ir ni en qué estado de existencia se halla, la Conciencia Perceptiva del Alma, en ese instante, queda velada por los estados ilusorios generados cuando la cognición mental es arrastrada por el “yo” volitivo.

En un relámpago, en una fracción de segundo, la vida que tu mente ha experimentado (desarrollada a partir de la cognición mental) se despliega como una película.

Desde el nacimiento hasta la muerte, cada día y cada instante, cada pensamiento, cada mínima emoción y cada sensación, pasan con absoluta nitidez ante los ojos. En apenas unas décimas de segundo, escena tras escena de tu vida emerge por completo en la Conciencia Perceptiva del Alma, como si acabara de suceder.

A medida que la película de la vida emerge, se desarrolla

y llega a su fin, tu personalidad volitiva, junto con la cognición mental, se disuelve y entra en un estado caótico posterior a la desintegración.

Entonces la Mente Reflexiva despierta, las improntas de hábitos y sensaciones grabadas en este cuerpo durante esta vida, situadas tras la cognición, se manifestarán. En el proceso de disolución de la cognición mental, la confusión emerge y activa la Mente Reflexiva, liberando el impulso latente de los recuerdos kármicos.

Cuando tu cuerpo muere y, aproximadamente treinta minutos después de la disolución de la conciencia, la Mente Reflexiva que yace en lo más profundo de la cognición despierta en su estado real.

Cuando despierta la Mente Reflexiva, no despierta tu personalidad volitiva íntegra, ni despierta la continuidad lógica minuciosamente elaborada de tu mente consciente.

El despertar de la Mente Reflexiva despierta lo siguiente: los recuerdos sensibles de las experiencias habituales que, durante la vida, fueron las más profundamente valoradas, las más difíciles de olvidar y las más arraigadas en el ego volitivo.

Es decir, la Mente Reflexiva es la destilación esencial de tu personalidad, grabada sobre el telón de las Percepciones

del Alma.

En este momento, la Mente Reflexiva es precisamente aquello que, a lo largo de esta vida, tu personalidad experimentó como los pensamientos más persistentes, los más obsesivos, los más hondamente sentidos y a los que nunca logró soltar.

Con el despertar de la Mente Reflexiva, el estado brumoso de la Conciencia Perceptiva de tu Alma es modelado por las memorias y hábitos contenidos en él, dando forma a una imagen concreta de tu existencia presente.

Esta forma de experiencia kármica es lo que se denomina el estado del *yin hun*, el cuerpo intermedio (*estado del bardo*), o lo que comúnmente se conoce como el estado espectral.

¿Por qué, cuando expongo el Dharma, insisto siempre en grabarlo en vídeo y en audio?

¿Por qué exijo que todos escuchen el Dharma de manera abundante, lo estudien, lo transcriban y lo lean una y otra vez?

El propósito de estudiar el Dharma no es acumular conocimiento, sino permitir una impregnación profunda mediante una exposición masiva y continuada.

A través de las palabras se transmite la luz pura del verdadero dios y la compasión del Tathāgata, que penetran en el universo de la Conciencia Perceptiva de vuestra Alma. Esa luz purifica el estado del alma, descompone las improntas habituales y los pensamientos sutiles que la conforman.

De este modo, desde la raíz, se disipan los obstáculos kármicos fundamentales —los hábitos y los pensamientos sutiles— que constituyen la base misma de la Percepción del Alma.

Mediante el estudio abundante y continuado del Dharma, la Percepción del Alma llega a experimentar la pureza desinteresada del verdadero dios, su calidez auténtica y real.

A través de las palabras, los audios y los vídeos, la respiración compasiva de los budas y los dioses —una presencia serena y sagrada, un Ser de luz pura— actúa en el ámbito de la Percepción del Alma, purificando y disolviendo los elementos fundamentales que constituyen su memoria: los hábitos y pensamientos sutiles.

Con el paso del tiempo, la percepción de tu alma se volverá cada vez más pura, más serena, más transparente y cada vez menos condicionada por el “yo” volitivo.

Este es el camino de redención más directo y fundamental que los dioses ofrece al alma humana.

Sin la purificación de la luz pura de los budas y los dioses, un simple espíritu errante que pretenda liberarse de la muerte confiando únicamente en su propia fuerza, limitándose a recitar unos cuantos sutras, no es más que una ilusión.

Es como un microorganismo planctónico que, creyéndose capaz por esfuerzo propio, pretende atravesar el océano Pacífico: un delirio absurdo, fruto de la ignorancia de sus propias limitaciones.

Cuando la devoción del practicante acoge plenamente la iluminación de la luz pura de los budas y los dioses, su aliento compasivo impregnado de sabiduría clara y lúcida penetra profundamente en la Percepción del Alma. Entonces, el alma se siente cada vez más cálida y pura, desinteresada y serena.

Solo un alma que se siente a salvo es capaz de abrirse plenamente.

Un alma que se abre por completo no rechaza la Mente Reflexiva, grabado en la Percepción del Alma por la personalidad volitiva.

Cuando la Conciencia Perceptiva del Alma permanece abierta, esa apertura permite conducir la Esencia de la Visión (contenida en la propia Conciencia Perceptiva) hacia la Percepción del Alma.

La Conciencia Perceptiva del Alma es la luz pura y transparente que se refracta a partir de la capacidad de ver inherente a la Esencia de la Visión, una vez condicionada por el sujeto visto.

Cuando la luz pura de la Esencia de la Visión, a través de un alma abierta y serena, penetra en el campo de la experiencia, ilumina directamente la Mente Reflexiva, entonces, tú (que te encuentras en un estado de espíritu errante), en la vivencia de esa Mente Reflexiva, contemplarás una luz sagrada que desciende del cielo y se posa sobre ti.

Porque mientras estabas vivo, al estudiar el Dharma en abundancia cada día, fuiste familiarizándote profundamente con esa luz pura, clara y cristalina: con su aliento, su atmósfera y su sentir.

En el estado de extravío de la Mente Reflexiva, permanece esa familiaridad con la luz pura, así como la dependencia, la confianza y el amparo en el aliento de los budas y los dioses.

Tú, desde la Mente Reflexiva, te verás llevado de manera

involuntaria y espontánea, sin necesidad de reflexión, hacia esa sagrada luz pura, serena y auspiciosa.

Y la Mente Reflexiva que entra en la luz sagrada será, de forma natural, iluminada y disuelta por la pureza y la paz familiares de esa misma luz que la impregna.

Tú, en la Mente Reflexiva, cuando la memoria de tu alma se disuelve en la serenidad clara y apacible de la sagrada luz pura, con la desaparición del “tú” como alma individual, aquel que siente una profunda familiaridad y un entrañable apego al aliento de los budas y los dioses, despierta entonces en la forma de una luz clara y luminosa.

Las experimentaciones en la Conciencia Perceptiva del Alma (serenas, cálidas, puras y auténticamente verdaderas) que se formaron durante la vida a través del estudio del Dharma y la práctica espiritual, se manifestarán como luz pura y cristalina, se fundirán felizmente en la luz de la Esencia de la Visión.

La Esencia de la Visión es la raíz fundamental de los Tres Reinos y las Seis Vías de Existencia; es el origen desde el cual se despliegan las Diez Direcciones, los Tres Tiempos, y los innumerables mundos del gran universo.

Cuando despiertas dentro de la Esencia de la Visión, con

una percepción pura, desinteresada, cálida y serena, y te manifiestas en la forma de luz pura, eres entonces un ser divino dentro de los Tres Reinos y las Seis Vías.

Eres una vida completamente nueva, modelada directamente por la gran compasión de los budas y los dioses, y por la luz omni-penetrante de su vasta sabiduría.

Con un cuerpo de luz pura, manifiestas una esencia interior de serenidad y pureza, proyectando la dicha, la armonía y la belleza del Camino Celestial.

Si se trata de un ser común y ordinario, que no ha llegado a familiarizarse con el aliento sagrado y compasivo de los budas y los dioses, aquello con lo que su Mente Reflexiva está inevitablemente familiarizado, son las experiencias kármicas de apego causado por la conciencia, la mente y el “yo” de la personalidad, que se han ido solidificando a lo largo de toda una vida.

Los apegos que alberga la Mente Reflexiva, forjados en la experiencia de la vida humana, van siempre acompañados de codicia y de miedo.

Un alma dominada por el miedo jamás puede permanecer en serenidad, y menos aún puede abrirse plenamente.

Cuando el alma queda sellada por los sutiles pensamientos de egoísmo y codicia, y por las sensaciones de odio y miedo, la Mente Reflexiva, cargado con las memorias del “yo”, refracta la luz pura de la Esencia de la Visión contenida en la Conciencia Perceptiva, al atravesar esas huellas kármicas grabadas en la sensación, la luz pura proyecta ámbitos teñidos de intención egoísta y temor.

Es como cuando la luz incide sobre un vidrio grabado con formas:

en la pared se proyectan imágenes vívidas y un mundo tridimensional.

La luz pura y transparente de la Esencia de la Visión posee naturaleza consciente.

La luz de la conciencia, al refractarse a través del deseo egoísta y el miedo, proyecta una experiencia dimensional viva, un ámbito de existencia sutil, detallado y plenamente animado: estos son precisamente los mundos del inframundo, de los espíritus hambrientos, de los infiernos y de los animales.

Lo que se denomina “la red del Cielo, vasta e inmensa, que parece laxa, pero de la cual nada escapa”, se refiere precisamente a que la Esencia de la Visión contenida en tu alma penetra y permea los recuerdos de tu Conciencia Perceptiva.

Esa Conciencia almacena cada uno de los movimientos de la mente:

cada pensamiento que surge, cada intención volitiva, cada sutil impulso emocional de tu personalidad.

Puedes engañar a todas las personas del mundo, pero jamás podrás engañar a la Esencia de la Visión que habita en lo más profundo de tu ser y observa silenciosamente cada uno de tus pensamientos e intenciones.

Por ello, cuando los dioses y los budas liberan y guían a los seres sintientes, lo que consideran esencial no son las palabras ni las conductas externas del ser humano, sino la motivación verdadera que subyace en lo más íntimo de su mente.

“A tres pies sobre tu cabeza moran los dioses”; cada pensamiento y cada anhelo de tu mente es plenamente conocido por las divinidades.

El cultivo espiritual, al integrarse desde la Percepción del Alma en la Conciencia Perceptiva del Alma, desprende por completo el “yo” de la voluntad personal y extingue el cuerpo bardo de la Mente Reflexiva.

Solo en este momento comienza verdaderamente la práctica del vehículo grande del dharma:
el punto de partida para trascender lo ordinario y entrar

en lo sagrado, el umbral que permite cruzar de la antesala al interior del despertar.

Comenzando por el escuchar, al profundizar en la práctica, el sonido percibido se extingue por completo.

Cuando el sonido se silencia en su totalidad, ya no hay movimiento ni reposo, no surge ni desaparece.

Así, paso a paso, la práctica se va profundizando.

— *Sūrangama Sūtra, Avalokiteśvara Bodhisattva*

La naturaleza del escuchar es la Esencia de la Visión contenida en la Conciencia Perceptiva.

Al realizarla, la pureza de la Esencia de la Visión se vuelve el fundamento de tu voluntad, y el “yo” volitivo de la personalidad se desprende de esa claridad. Este es el estado primordial de la mente descrito en las palabras: *“Comenzando por el escuchar, al profundizar en la práctica, el sonido percibido se extingue por completo.”*

Tras realizar la Esencia de la Visión, se manifiesta un estado sin pensamientos, sin los cinco sentidos, sin memoria y sin ego. El cuerpo y la mente se vuelven pura luz interior: claros, ligeros, transparentes y libres.

Se siente un profundo extrañamiento hacia este cuerpo en el mundo humano.

Se siente un profundo extrañamiento hacia la mente, la intención, la consciencia del “yo” y la identidad de la personalidad.

En el estado despierto de la Esencia de la Visión, al contemplar la personalidad de esta vida, las experiencias mentales, las sensaciones y los hábitos kármicos, todo ello aparece como si se observara a un extraño.

Dentro de la vida pura, diáfana e infinita de la Esencia de la Visión, se manifiestan infinitas, inconmensurables y sin límites galaxias y universos, vastos firmamentos y cuerpos celestes, así como los mundos de los seres divinos.

En la Esencia de la Visión, tus experiencias de vida a lo largo de innumerables existencias, cuando caíste en la Conciencia Perceptiva del Alma, no guardan relación alguna con tu “yo” actual, con tu forma corporal ni con tus vivencias de esta vida.

La Conciencia Perceptiva del Alma se ha vestido con infinitas y vastas manifestaciones de conciencia y personalidad, encarnando en diversos cuerpos a lo largo de la existencia.

Desde esta percepción, la personalidad del “yo” mental es

contemplada con absoluta indiferencia; este cuerpo físico no se reconoce en modo alguno como el “yo”.

Tu alma observa al “tú” corporal, al “tú” personal y al “tú” de la Mente Reflexiva con la mirada imparcial de un espectador distante, totalmente ajeno a ellos.

La mente viva, o bien la personalidad ya fallecida, dentro de la Conciencia Perceptiva del Alma, no es más que un atuendo teatral que se cambia de manera constante y reiterada.

Si no hay práctica espiritual, la Conciencia Perceptiva del Alma solo puede, de forma impotente y pasiva, volver a vestirse con el atuendo de las sensaciones, impulsada por las memorias de la Mente Reflexiva.

En medio del polvo kármico de los Tres Reinos, a partir de las sensaciones y el cuerpo físico, emerge el “yo” mental, representando en distintos mundos los papeles de una vida individual. Sin final posible, vida tras vida, sin escapatoria.

La liberación del Samsara de nacimiento y muerte no es una opción disponible para los seres sintientes a nivel del alma. Solo en el período-ventana de coexistencia con un buda el alma tiene la posibilidad de trascender la muerte.

La aparición inicial de la luna

Hace unos días, durante la meditación —fue ayer mismo—, mientras me encontraba en ese ámbito, en el espacio de la Consciencia Despierta, en el seno del Dharmadhātu, detrás de aquella capa de mi cuerpo búdico apareció un disco lunar.

Era, de manera absolutamente nítida, una luna; pero no la luna amarillenta que vosotros conocéis, sino una luna de plata pura, de una luz totalmente diáfana y resplandeciente. No había en ella ningún matiz amarillo: su fulgor era plateado, intenso y claro.

Esa luz lunar era la forma condensada de la sabiduría.

En el pasado, mi sabiduría era como un sol naciente, como un disco solar. Ahora se ha transformado en una luna.

En esa luna, durante la meditación, la luz lunar que aparece a mis espaldas es comparable a la materia nuclear en un proceso de fisión, como el uranio-235: en su interior contiene una sabiduría y una fuerza vital vastas e inagotables, que se despliegan en un resplandor sin fin.

Sin embargo, no se trata de una luz de siete colores; es una

luz de color puro, una luminosidad plateada, blanca y diáfana.

Los halos de luz que aparecen en mi cuerpo —el círculo luminoso sobre la coronilla y el gran resplandor que me envuelve— surgen del disco lunar.

Es la claridad de esa luz lunar la que, al atravesar mi cuerpo, mi mente y mi espíritu, se refracta en esta forma física y manifiesta su halo.

Es como una bombilla en la noche: bajo el cielo oscuro, la luz, al encontrarse con el polvo y el vapor de agua del entorno, se refracta y genera un resplandor a su alrededor, formando un halo visible. Del mismo modo, los halos que se manifiestan en mi cuerpo no tienen aquí su origen último; su esencia verdadera es el disco lunar que existe en el Reino del Dharma.

En el Dharmadhatu, durante el proceso de la meditación profunda, detrás de mí aparece algo semejante a una sustancia nuclear: una presencia que contiene una fuerza ilimitada y una energía infinita...

Permitidme explicarlo con claridad. Esto es algo que yo mismo desconocía en el pasado; solo comparto con vosotros aquello que he ido realizando y certificando en cada etapa de mi propio camino.

Ahora, sin embargo, debo deciros que lo que estoy revelando pertenece ya al ámbito de los secretos de los dioses y los budas: son sus historias, y también los asuntos del universo de los dioses y los budas.

Antes de que este disco lunar se manifestara, cuando accedía al Dharmadhatu, mi presencia se daba en la forma de la sabiduría pura. La sabiduría pura es carente de forma y apariencia; no tiene cuerpo ni figura.

Es la manifestación de la gran liberación y de la gran libertad, una vivencia solemne y majestuosa. Es una experiencia de gozo puro y sutil, de liberación profunda, de gran dicha y de inmensa alegría.

No posee cuerpo, no tiene forma, no tiene figura ni apariencia alguna, ¿lo comprendes?

Si quisiera describirla forzosamente, ¿en qué estado se encuentra esa Consciencia Despierta? Levantad la vista y mirad el vacío; levantad la vista y mirad el cielo que está sobre vuestras cabezas. Imaginad el espacio exterior: todo el vasto cosmos, de pronto, abre los ojos. Y ese mismo “abrirse” contiene en sí la totalidad del espacio exterior.

Esa claridad que abarca todo el ámbito del universo es lo

que se llama Conciencia Despierta; eso es lo que se llama la Gran Sabiduría. Eso es lo que son los budas y los dioses; ese es el significado último de los grandes bodhisattvas; ese es mi estado habitual.

Pero en mi estado ordinario, Él existía únicamente como un potencial puro de liberación majestuosa, completamente libre de forma o manifestación concreta.

Sin embargo, ahora ese mismo potencial ha comenzado a condensarse en una manifestación tangible de un disco lunar radiante. Y en esta luna contiene la esencia ilimitada de la sabiduría primordial y la sustancia misma de la compasión universal. Esta manifestación adquiere una cualidad similar...

Como mencioné anteriormente, se asemeja al uranio-235, a ese material nuclear en su capacidad de contener lo que parece ser una energía inconmensurable. Pero debo aclarar lo que realmente alberga no es energía física (este era solo un símil), sino sabiduría infinita. O, expresado de otro modo: este disco lunar ahora formado es en realidad el germen de un universo completo, una matriz cósmica en estado embrionario.

Ahora justo os estoy hablando del punto clave. Esta rueda lunar detrás de mí, en el pasado, ¿no era pura sabiduría, sin forma, transparente? Es como si los ojos de un humano

se abrieran, como si el vacío mismo abriera los ojos. Y ese “abrir” del vacío, ese concepto de claridad, a su vez envuelve y contiene al vacío dentro de esa pureza. Ese es precisamente el estado de la Consciencia Despierta.

En el pasado, cuando yo era la Consciencia Despierta, iluminaba por doquier: el cielo y la tierra, el pasado y el futuro, todo sin excepción. Me penetraba en todas las cosas y, al mismo tiempo, permanecía en la liberación serena e inmutable. Ese era mi estado de libre plenitud.

Ahora, en cambio, ese estado parece haberse condensado, como si se hubiera concentrado en una luna. Al entrar ahora en el Reino del Dharma, aquella sabiduría de antaño parece... ¿no era como una mirada? Antes, mi mirada lo abarcaba todo; ahora, parece haberse concentrado y enfocado en un solo punto.

Ese punto ha dado lugar a un disco lunar, a una luna clara y luminosa. En esa luna se condensa la totalidad de la energía del conjunto del Reino del Dharma y de los Tres Reinos. Se ha convertido en un prototipo inicial de un universo: este gran Bodhisattva comienza ahora a formar su propia Tierra de Buda.

Aquel día, mientras conversaba con ellos, al hablar de este asunto les dije que ahora, detrás de mí, hay un disco lunar.

Este disco lunar contiene en su interior toda la sabiduría de los Diez Reinos del Dharma. Es la condensación de la sabiduría junto con el corazón compasivo y el aliento de la compasión; al unirse con la sabiduría, hace surgir un reflejo condensado de todo el sistema del universo.

Dentro de este reflejo se encuentran contenidas la naturaleza real y el espacio real de la totalidad del sistema cósmico.

En el pasado, cuando afirmaba que mi sabiduría se impregnaba en todos los espacios, me refería a una experimentación y a una naturaleza.

Pero ahora, al manifestarse esta rueda lunar, esa experimentación y naturaleza se han convertido en realidad. Se han materializado, ¿lo comprendes? Este disco lunar es la sabiduría de todos los budas de los Diez Dharmadhātus, condensada en una sola forma.

En su interior se reproducen íntegramente —con plena realidad, con masa, densidad y estructura— todos los mundos de cada nivel del universo, las Tierras Puras y majestuosas de todos los Tathāgatas del pasado y del futuro. Ese es mi universo, que ahora ha comenzado a formarse.

Asimismo, al hallarme en el Reino del Dharma, puedo percibir

la luz corporal de otros grandes bodhisattvas. El que se encuentra más próximo a mí, y cuya manifestación se asemeja más a la mía, es Guanzizai Bodhisattva, Avalokiteshvara, también denominado Guanyin. No obstante, su manifestación no corresponde a la forma humana que normalmente se percibe: no posee forma femenina.

En el Reino del Dharma, Guanzizai Bodhisattva es reconocido como “Guanyin Tathāgata”; no se trata simplemente del gran bodhisattva tal como lo conocéis. De manera análoga, yo tampoco debo ser comprendido como un mero practicante mundano. En la dimensión del Reino del Dharma, esa es la forma en que se designa: “Guanyin Tathāgata”

En mi propio ámbito, puedo percibirlo a Él. Detrás de Él se encuentra un disco lunar, idéntico al mío. No obstante, el disco lunar de pura luz que le rodea supera en claridad al mío...

En aquel momento, realmente desconocía la vastedad del universo, ¿comprendéis? Incluso les comenté: “Voy a comparar. Observaré mi propio disco lunar, esta luna que se encuentra detrás de mí, y la compararé con el disco lunar que rodea al Tathāgata Guanyin. ¿Será acaso una décima parte de la suya? ¿O quizá la mitad? ¿O un quinto? Procederé a realizar la comparación...”

Y de verdad hice la comparación: ¡apenas una cienmilésima parte! Y esto es solo lo que me es dado a conocer. El disco lunar de un bodhisattva del Octavo Bhūmi, comparado con el disco lunar que manifiesta un Gran Bodhisattva, no alcanza sino una cienmilésima parte. Y aun esto es lo que, dentro de mi actual nivel de realización, apenas puedo llegar a percibir. Existen todavía muchas más realidades que desconozco, cosas que aún no puedo ver.

Mi luminosidad, esa pequeña luz que tengo, comparada con el disco lunar del Bodhisattva Avalokiteshvara detrás de quien se manifiesta, es como una moneda sobre la luna llena. ¿Lo entiendes? Solo una diminuta mota de luz, como una pequeña mancha de luz impresa sobre la luna. Una cienmilésima parte... y ya estoy siendo muy audaz; tal vez sea una millonésima, realmente no podría afirmarlo con certeza.

Pero hay algo verdaderamente maravilloso, algo verdaderamente extraordinario: el alcance de mi disco lunar es tan solo una cienmilésima parte del disco lunar de él. Sin embargo, nuestra naturaleza es idéntica; la esencia de la luz lunar es la misma, su contenido interno es el mismo, su cualidad es la misma, y el estado de esa luz lunar es la misma.

Es decir, Él es como un gran pastel, y yo como un pequeño

pastel; pero este pequeño pastel ha sido tomado del gran pastel. Por ello, la naturaleza es exactamente la misma, el contenido es exactamente el mismo, la cualidad es exactamente la misma, y el estado es exactamente el mismo.

¿No resulta algo asombroso?

El disco lunar que ahora se manifiesta detrás de mí surge de la compasión, haciendo emerger la sabiduría, en la cual se condensa y concentra la sabiduría última de todos los Tathāgatas a lo largo del pasado, el futuro y los Diez Reinos del Dharma.

De esa condensación y refinamiento se ha formado ese disco lunar, el cual constituye un sistema universal completo de un buda.

Dentro de este mismo disco lunar, aunque su alcance sea tan solo una cienmilésima parte del de Avalokiteśvara, en él se encuentra contenido, sin embargo, el conjunto íntegro de los mundos de todos los budas de todos los tiempos —pasado, presente y futuro— en los Diez Dharmadhātus.

Su sabiduría, su compasión, sus innumerables seres sintientes y sus vastos universos se manifiestan por completo en este único disco lunar, emergiendo de forma pura, sin filtraciones ni obstáculos. A esto se le llama: “el Monte Sumeru contenido en un grano de mostaza, y el

grano de mostaza albergado en el Monte Sumeru”.

Mi disco lunar y el del Bodhisattva Avalokiteśvara son como la comparación entre la luz de una linterna y la luz del sol. Ambas son luz, pero su magnitud no es comparable.

Él ya ha alcanzado un estado supremo (por así decirlo, es el heredero al trono) mientras que yo no soy más que un príncipe. Para él, convertirse en un Tathāgata puede ocurrir en cualquier momento; en cambio, yo aún me encuentro a veinticuatro años de distancia de ese estado.

Sin embargo, la naturaleza esencial de nuestra vida es la misma. Yo soy como la luz de una linterna, Él como la luz del sol; pero la cualidad de la luz es idéntica en ambos casos, su esencia es la misma. La única diferencia está en el grado de luminosidad.

Y lo más extraordinario es que, aunque el grado de luminosidad en el que me encuentro ahora es una cienmilésima parte del suyo, apenas una diminuta mancha de luz, la riqueza interior que contiene es exactamente la misma que la suya.

Esa luz suya (cien mil veces más vasta que la mía) coincide sin la menor diferencia con la mía en profundidad, contenido, alcance del universo, estructura y nivel de

realización. No hay cambio alguno. La única diferencia es que Su ámbito es simplemente más amplio que el mío.

Hoy, mientras os impartía el Dharma, comprendí por primera vez el verdadero significado del disco lunar que aparece detrás de mí. Este representa la condensación de toda la sabiduría de los Tathāgata de las Diez Direcciones: la concreción del universo que emerge de esa sabiduría. Es decir, el universo de los Diez Reinos del Dharma, manifestado a partir de la sabiduría, se concreta y se revela como un disco lunar detrás de un ser plenamente despierto.

Hoy, cuando expongo el Dharma, no es mi “yo” humano quien está hablando. ¿Cómo podría este aspecto personal y condicionado alcanzar ámbitos tan profundos? Es el buda que ha despertado en mi interior, o bien la Luz del Señor del Cielo —que se manifestará dentro de dos días—, quien, valiéndose de mi personalidad, expone el Dharma y revela los profundísimos misterios del universo, así como el contenido y los criterios de los distintos niveles de la vida. A este proceso se le denomina “exponer el Dharma”, y solo un buda puede hacerlo.

Porque únicamente el lenguaje y las palabras que emanan de un buda llevan, en su trasfondo, la compasión del buda y la sabiduría de los grandes Bodhisattvas.

La sabiduría de los grandes Bodhisattvas puede penetrar en el alma y disipar las dudas que la encadenan; la luz del Señor del Cielo, al penetrar en el alma, puede extinguir sus temores; y la compasión del buda puede, desde la raíz misma, extinguir el alma.

Por ello, solo estas tres manifestaciones (el buda, los grandes Bodhisattvas y el Señor del Cielo) están en condiciones de exponer el Dharma.

Por eso, el contenido que hoy he expresado, antes de hablarlo, yo mismo no lo conocía. Lo que os estoy diciendo es un hecho verdadero. En un principio, únicamente pensaba contaros que, durante mi meditación de hace dos días, apareció una luna a mi espalda y cómo era esa luna. No sabía en absoluto que esa luna representaba mi futuro universo plenamente consumado; esto realmente no lo sabía.

Mientras os hablaba, al mismo tiempo lo iba observando; y solo al observarlo podía adentrarme en él y expresarlo. Al profundizar en él, descubrí que es la condensación de toda la sabiduría y la compasión de los budas de las Diez Direcciones, en la que se manifiesta la síntesis de un sistema universal.

Él es un sistema universal concentrado, en cuyo interior se reúnen la sabiduría de los Tathāgatas de las Diez Direcciones,

sus Mundos del Tesoro Floral y la condensación de su aliento de compasión.

El universo de un buda y el universo de cualquier otro buda son, en realidad, un mismo universo. Su naturaleza es la misma, su contenido es el mismo, su sabiduría es la misma y su compasión es la misma; solo que, debido a las diferencias de karma y de condiciones causales de los seres, se manifiestan distintos ámbitos de mundo para la salvación de los seres sintientes.

Sobre esto volveré a hablaros más adelante, porque es aún más profundo. En esencia, entre un buda y otro no existe diferencia alguna; no es que haya budas distintos. Lo que ocurre es que el polvo kármico que obstruye la naturaleza búdica, la refracta y proyecta manifestaciones concretas diferentes de esa misma naturaleza búdica, y de ahí surgen las diversas formas de buda.

Esto es precisamente lo que se entiende por causas y condiciones. Es decir, tu polvo kármico y tus causas y condiciones acumuladas determinan con qué buda tienes afinidad. Puede suceder que un determinado buda sea quien venga a liberarte, y entonces la liberación puede realizarse con éxito. En su caso, al tener causas y condiciones con este buda, es acogido y guiado por la influencia espiritual de éste, puede ir a su mundo y así alcanzar la liberación gracias a él.

La manifestación de los dioses y los budas, inaugurando una nueva era gloriosa

Que el ser humano está vivo es algo que tiene pruebas. El cuerpo funciona, existe pensamiento consciente y la capacidad de expresar la propia voluntad. Puede caminar, alimentarse, hablar e interactuar con el mundo.

Que los dioses descienden al mundo también hay pruebas. Esa prueba es la capacidad de los dioses para trascender y liberar las almas.

Hoy, yo poseo de manera clara, concreta y auténtica la capacidad de conducir a las almas hacia su liberación.

A lo largo de 32 años de práctica espiritual, las predicciones que he hecho sobre el avance de mi propio cultivo han sido, en líneas generales, precisas. En términos de secuencia temporal, la diferencia de los resultados rara vez ha diferido en más de tres meses.

El año pasado, en octubre de 2024, predije que, tras unos meses más, la divinidad descendería al mundo humano.

Recuerdo haber dicho entonces:

“Cuando el tiempo llegue a marzo de 2025, la divinidad

habrá descendido oficialmente al mundo humano.”

Pero, en el proceso de la manifestación oficial de lo divino en el mundo humano, dentro del cuerpo y la mente del practicante, en el proceso en el que la divinidad irrumpe en la cognición mental, entra en la cognición del “yo”, y transforma el contenido de la experimentación y la percepción del “yo”, he descrito de manera completa y minuciosa el delicado proceso mediante el cual la divinidad sustituye a la personalidad.

Sin embargo, en realidad, el momento de la manifestación de lo divino en el mundo humano que vislumbré el año pasado bajo la irradiación de mi sabiduría, visto ahora, coincide efectivamente con este mes (marzo de 2025).

Porque en este mes, dentro de este cuerpo mío, ha aparecido una nueva forma de vida plenamente constituida, sutil y detallada, real y sistemática, una existencia objetiva que no depende ni es alterada por la voluntad de mi personalidad: un “cuerpo de luz” que contiene la gran sabiduría de los así venidos de las diez direcciones del Reino del Dharma, manifestándose como una vida de pura luminosidad, impregnada de un aura de serenidad y armonía.

A través de los cambios concretos y palpables observados en varios de mis estudiantes cercanos —especialmente en la

purificación, la guía y la liberación (trascendencia) de sus almas, ha llegado a manifestarse en ellos, de forma real y verificable, una serie de milagros que trascienden la ciencia humana y resultan inconcebibles para la comprensión ordinaria.

Verdaderamente he comenzado a poseer, en el mundo humano, la naturaleza luminosa sagrada y la fuerza compasiva propia de dioses y budas, con la capacidad de liberar personalmente las almas.

Portando la gran sabiduría del Reino del Dharma y la Luz Sagrada del Cielo, redimo las almas del mundo terrenal, las purifico, las elevo, las trasciendo y las guío, liberándolas del océano de sufrimiento de la muerte mediante un poder majestuoso y sobrecogedor.

Desde la perspectiva de la sabiduría última, el practicante es “Él”. Es la manifestación en el mundo humano de la Verdad Última del Tathāgata, la aparición del sello del corazón de todos los budas.

Nunca he ocultado las faltas de mi naturaleza humana, ni tampoco he disimulado con falsa humildad las realizaciones y niveles de despertar alcanzados en la práctica. Porque lo verdadero jamás se altera, y lo que no es verdadero carece por completo de existencia real.

El practicante, con la sabiduría interior despertado, es ya un Gran Bodhisattva, es el Tathāgata del porvenir.

Esto es una afirmación absolutamente incuestionable.

Sin embargo, la vacuidad del despertar y la realización de la liberación no guardan relación alguna con el “yo” superficial de mi personalidad.

Por ello, comunico a todos que mi práctica sigue un proceso cíclico de transmigración: un ciclo que se repite cada seis días, pasando del estado de buda, al de espíritu, al de divinidad, y finalmente de regreso al mundo humano.

Antes de marzo de 2025, durante las fases del ciclo en las que la sabiduría de dioses y budas y la luz pura de la espiritualidad se replegaban, en el cuerpo humano solo permanecían la conciencia superficial de la personalidad, el pensamiento discursivo y la experimentación del “yo”. Desde noviembre de 2024, incluso cuando la sabiduría y la espiritualidad se retiraban, permanecía en el cuerpo y la mente la presencia clara y pura de la Esencia de la Visión.

Después de marzo de 2025, en el nivel más bajo del ciclo, el estado puramente humano, la estructura antes íntegra del “yo” mental y de la personalidad consciente comenzó

a perder su integridad: el contenido central de su memoria esencial se volvió incompleto.

El “yo” mental y la personalidad, originalmente íntegros y estructurados, manifiestan en su interior una “luz pura y sabiduría pura” que no es arrastrada por el “yo” de la personalidad ni se ve afectada por la conciencia pensativa.

Esta “luz pura, vida pura y sabiduría pura” se halla en un estado trascendente, situado en una dimensión espacio-temporal distinta.

Dicho de otro modo: la sabiduría de luz pura que habita en lo más profundo de mi cuerpo y mi mente es un “yo” original y completamente nuevo, que coexiste de forma paralela con el “yo” mental y la personalidad actual dentro de un mismo cuerpo físico.

Sin embargo, el estado actual es el siguiente: la pared posterior de la habitación ha sido desmontada. La luz exterior de la casa se ha integrado plenamente con el entorno interior de la habitación.

El “yo” volitivo que habita en esta casa, por un lado, a través de los ojos físicos del cuerpo (las “ventanas” de la habitación) contempla el mundo humano. Y, por otro lado, mediante la Conciencia Perceptiva del Alma, entra en

comunicación a nivel perceptivo con la vida de luz pura que, al irradiar desde la pared posterior, baña ahora toda la habitación.

Durante el ciclo recurrente de seis días, en la fase final del último día, cuando la luz espiritual pura se repliega y la sabiduría del Dharmadhātu desaparece, la claridad de la Esencia de la Visión permanece (en el estado de una “pared desmontada”) como una vivencia inscrita en la cognición de la mente.

Es verdaderamente como si las paredes de tu casa hubieran sido derribadas por la fuerza: la luz del sol atraviesa el espacio e inunda la sala de estar.

En este instante, sigo siendo yo; solo que, bajo la irradiación total de esta luz intensa, los elementos que me constituyen se vuelven cada vez más tenues.

No importa cómo viva ni en qué estado de existencia me encuentre; no importa lo que diga o piense, ya sea al caminar, al estar de pie, al sentarme o al recostarme..., cada mínimo movimiento de la mente es iluminado por esta gran luz, cada emoción se halla inmersa en su penetración, y cada célula se purifica espontáneamente en su resplandor.

En el ciclo recurrente de seis días, una vez atravesado el día

más oscuro, cuando, en el interior del cuerpo y de la mente, la sabiduría de la vacuidad, en el límite donde se encuentran cielo y tierra, irrumpe como un súbito destello de luz vital, todos los factores de oscuridad que envolvían los Tres Reinos y las Seis Vías, que colmaban los mundos de polvo infinitesimal, se disipan y se desintegran al instante.

A partir de marzo de 2025, en el punto más bajo del ciclo de la rueda, en el interior del cuerpo y de la mente ya no subsiste una oscuridad puramente absoluta, sino un estado gris en el que coexisten la claridad de la Esencia de la Visión y la personalidad.

En el mejor momento del ciclo, en su primer día, lo que despierta ya no es la luz espiritual pura del Cielo primordial, sino la gran compasión que, desde el Vacío no nacido del Dharmadhātu, ilumina sin producirse ni extinguirse.

En el instante en que la compasión despierta y despliega la irradiación de la gran sabiduría, la totalidad de los Tres Reinos y las Seis Vías, el universo entero de polvo infinitesimal retorna a su verdadera naturaleza: “sueño, ilusión, burbuja y sombra”.

Solo la compasión es no nacida ni extinguida, sin venir ni ir, sin mancha ni pureza, sin aumento ni disminución.

Solo la compasión es ese “reino sin caminos”, “la plenitud inmediata del ahora”, que no puede ser contenida por la existencia ni capturada por ninguna descripción.

La iluminación del Vacío no deja rastro; la iluminación perfecta lo impregna todo.

La gran sabiduría de la cesación y la liberación no es sino el cuerpo manifestado por la compasión en su juego ilusorio. La gran sabiduría es la expresión espontanea de la naturaleza compasiva del Tathāgata.

Dicho de otro modo: el Dharmadhātu es el Cuerpo de Retribución plenamente consumado de la mente pura del Tathāgata.

Por ello, la luna llena que resplandece tras la figura de los grandes bodhisattvas es la forma concreta en la que se condensa la sabiduría última de los Tathāgatas de las diez direcciones.

El estado más elevado del practicante dentro del ciclo acontece cuando el aliento de la compasión del Dharmadhātu se manifiesta como sabiduría plenamente realizada. La forma de la sabiduría es una luna llena, clara y resplandeciente.

El alcance de la irradiación de mi luna plena no es más que una tresmilésima parte de la sabiduría de luna llena que resplandece tras el cuerpo de Avalokitesvara.

Dentro de esta forma de luz lunar, la profundidad, la amplitud y la pureza de la sabiduría que ilumina desde mí son apenas una cienmilésima parte de las suyas.

El estado actual del alma del practicante, durante las primeras catorce horas del primer día del despertar en el ciclo de la transmigración, es tal que la Esencia de la Visión en el universo de alma de los Tres Reinos, así como la conciencia del “yo” corporal y mental en el mundo humano, entran en un estado de suspensión.

Es como si en el espacio las gotas de lluvia, los rayos de luz y las partículas de polvo quedaran detenidos en el vacío, en una quietud absoluta.

Sin embargo, en el interior de este cuerpo, la compasión despierta trasciende las gotas de lluvia inmóviles, trasciende el espacio detenido, trasciende el surgimiento condicionado y la velocidad del tiempo, trasciende la infinitud y las barreras del espacio, trasciende la luz pura de la vida en los cielos espirituales, y trasciende incluso la gran sabiduría que ilumina las diez direcciones.

Nada de todo esto soy yo; y, sin embargo, yo lo impregno todo. Todo lo que existe en el universo, cada universo contenido en una mota de polvo manifiesta la pureza y la plenitud perfectas de la compasión.

Todos los seres dotados de conciencia, las infinitas multitudes de los Diez Reinos del Dharma, son gestados dentro de un aliento de compasión igualitaria.

Las tierras del Dharma, innumerables como partículas de polvo en los Diez Reinos, los universos vastos e infinitos que se superponen capa tras capa, revelan la presencia de mi existencia.

Pero todo lo que existe, y aun el Reino del Dharma de la Gran Liberación, que no pertenece al ámbito de lo existente, tampoco soy yo.

Yo soy la realidad tal como es, presente en todo, y sin embargo no tocada por nada.

Yo soy lo inmóvil en medio del nacer y el cesar, aquello que, aun dentro del surgir condicionado, no nace ni perece.

Yo soy aquello a lo que apuntan las palabras de los sutras: donde el camino del lenguaje se extingue, lo inconcebible, el “inefable” en el que cuerpo y mente se disuelven.

Yo soy la Verdad Suprema que florece en la sabiduría del despertar, y, sin embargo, la “conformidad igualitaria” que ni siquiera la sabiduría que ilumina plenamente puede comprender.

Yo soy la Forma Única y pura, de la que se dice: *“Todo lo que tiene forma es ilusión; quien ve todas las formas como no-formas, ve al Tathāgata”*.

Cuando el practicante alcanza el estado más elevado dentro del ciclo de la transmigración, yo soy “Él”.

Y la fuerza compasiva de “Él” atraviesa, capa tras capa, los universos de los Diez Reinos del Dharma; penetra en el corazón cuyos muros han sido derribados y se manifiesta a través de la personalidad.

Esa es la sabiduría luminosa omnipresente capaz de liberar a las almas —una sabiduría de la que ningún alma puede escapar—, la luz sagrada del Cielo que ilumina el vacío, el vasto aliento de dioses y budas que lo impregna todo.

El “yo” del mundo humano (este “yo” constituido por la personalidad individual y por la mente distintiva), en medio de la poderosa luminosidad que surge tras el despertar de “Él”, cuando la Esencia de la Visión se había replegado,

realicé el experimento en dos o tres ocasiones, utilizando a distintos individuos humanos como objetos de prueba para guiar y liberar almas.

En cada ocasión pude constatar, con absoluta certeza, que la liberación se había consumado plenamente.

La evidencia concreta es que, antes de ser liberada, el estado del alma de esa persona era confuso y turbio, sumido en una oscuridad total: la condición de un ser ordinario atrapado en un estado fantasmal.

Después de que el alma es purificada por la luz de la sabiduría, liberada y conducida al Reino Celestial, su reflejo en el mundo humano se manifiesta así: en el cuerpo físico de esa persona, el contenido mental que constituía la personalidad del “yo”, es reemplazado por la claridad pura de la Esencia de la Visión.

Cuando la limpidez absoluta de esa Esencia de la Visión (portadora del aliento puro de la vida) atraviesa la conciencia y la personalidad, florece en el cuerpo y la mente de esa persona una transparencia cristalina y luminosa, esta claridad diáfana (que comparte la misma base que el “yo” mental, pero no es arrastrada por sus pensamientos, no es velada por sus emociones, no es envuelta por sus hábitos, ni sacudida por sus fluctuaciones) pertenece al

logro del estado de *śamatha* en la práctica de la detención y la contemplación, y es precisamente el fruto de *arhat* registrado en las tradiciones religiosas.

A lo largo de la historia, muchos practicantes han cultivado la detención y la contemplación meditativa durante miles de años sin llegar a realizar verdaderamente la Esencia de la Visión, sin alcanzar la transparencia luminosa de la mente.

En cambio, el practicante de hoy, mediante el poder compasivo de “Él”, manifiesta la gran sabiduría y los poderes espirituales, purificando las almas de los seres ordinarios.

En tan solo tres días, logra abrir la Esencia de la Visión latente en el alma de esa persona y alcanzar el logro de *śamatha*: una claridad pura, estable y no fluctuante.

El aliento compasivo de budas y dioses despliega el resplandor omnipresente de la Gran Sabiduría. Bajo la forma de Luz Espiritual Pura, ésta irradia e ilumina la Conciencia Perceptiva del Alma del individuo.

En primer lugar, es necesario localizar la Conciencia Perceptiva del Alma de esta persona, pues la Mente Reflexiva del ser humano es la sustancia misma del alma.

la Mente Reflexiva se halla en lo profundo de la

personalidad, detrás de la cognición mental y antes de la Conciencia Perceptiva del Alma.

En la “pantalla” de la Conciencia Perceptiva, los pensamientos sutiles grabados (recuerdos delicados producidos cuando la cognición mental es arrastrada por la intención volitiva de la personalidad) constituyen precisamente la Mente Reflexiva.

la Mente Reflexiva se almacena en las profundidades de la experiencia del “yo” volitivo y, en condiciones ordinarias, no es percibido por la conciencia habitual de la personalidad.

Sin embargo, cada vez que tu conciencia subjetiva emite un juicio sobre la realidad externa, de manera simultánea la Mente Reflexiva emerge en estado de “subconsciente”, manifestándose como una voz interior que presenta un juicio alternativo y paralelo.

Por ejemplo, cuando ves a alguien más atractivo que tú, por cortesía, te acercas a saludarle e intercambias unas palabras amables. Pero al girarte, tu Mente Reflexiva comienza a murmurar de forma incontrolable: ¡Qué frívolo! Viste de manera tan provocativa.

Estos pensamientos de memoria subconsciente que surgen espontáneamente en el interior, sin estar bajo el control

de tu voluntad consciente, junto con los criterios de juicio de la personalidad que se encuentran almacenados, constituyen precisamente la Mente Reflexiva, aquello que los seres humanos solemos llamar el alma.

Cuando el cuerpo humano se aproxima a la muerte, lo primero que se deteriora es la consciencia; la mente de la persona entra en un estado de coma.

A continuación, los demás órganos del cuerpo van sucumbiendo de forma progresiva, y todos los signos vitales desaparecen.

Seguidamente, la información vital contenida en las células comienza a entrar en un proceso de descomposición. Los cuatro grandes elementos (tierra, agua, fuego y viento) inician su disgregación, y el microcosmos presente en cada célula se desintegra.

En este proceso, la persona puede experimentar fiebre elevada y estados de delirio; el cuerpo pierde el control de sus funciones, produciéndose incontinencia urinaria y fecal.

En este proceso, la consciencia ya se ha desvanecido. Las experimentaciones del “yo” de la personalidad también se han disuelto. Los recuerdos de la cognición mental se

extinguen igualmente a medida que el cuerpo entra en su proceso de descomposición orgánica.

En ese instante, la Mente Reflexiva, almacenado en la Percepción del Alma y grabado en la pantalla de la Conciencia Perceptiva, despierta de manera súbita.

Sobre la pantalla de la Conciencia Perceptiva del Alma se filtra entonces un haz de luz: es el resplandor de la vida pura que atraviesa la claridad de la Esencia de la Visión. La luz de pura vida ilumina el mundo de la Percepción del Alma en el que reside la Mente Reflexiva.

En este instante, sobre la pantalla del vacío de la Conciencia Perceptiva del Alma, se liberan las experiencias de toda la vida de esta persona, tal como están registradas en la Mente Reflexiva. Todo, minucioso o vasto, sin la menor desviación, cada instante, cada pensamiento, cada emoción, cada expresión.

En un solo instante, y sin embargo de manera completa, delicada y sistemática, cada paso de la vida, cada etapa de la existencia, se despliega ante ti, escena tras escena, mostrando la totalidad de tu vida.

En este momento, quien contempla la reproducción de todos los detalles de tu vida, la Conciencia Perceptiva del

Alma, eres tú mismo.

Por lo tanto, este instante es el único momento de liberación en el que la Conciencia Perceptiva del Alma abandona los hábitos de la Mente Reflexiva y se vuelve, girándose por completo, hacia la pura luz clara de la Esencia de la Visión.

En el fugaz instante en que la mente se descompone y la Esencia de la Visión se manifiesta ante uno —una oportunidad que surge y se desvanece en un parpadeo—, si la Conciencia Perceptiva del Alma renuncia a los hábitos y memorias del “yo” de la personalidad y se funde en la claridad de la pura luz que revela la Esencia de la Visión, la fuerza vital clara contenida en la luz pura de la Esencia de la Visión descompondrá de manera instintiva los pensamientos sutiles y los hábitos arraigados del alma.

Cuando el ámbito de los pensamientos sutiles y de los hábitos kármicos es purificado dentro de la luz vital clara de la Esencia de la Visión, la Conciencia Perceptiva del Alma deja de ser un alma puramente fantasmal y se convierte en un Alma Divina.

El Alma Divina es un espíritu vestido de Hunpo (pensamientos y emociones); cuando la luz espiritual atraviesa el Hunpo y refracta la luz pura de la vida, se manifiesta como los dioses de los Tres Reinos.

Esto es lo que se denomina “la liberación del cuerpo del estado intermedio (Bardo)”, el camino directo para liberarse del ciclo de nacimiento y muerte del samsara. Este es el núcleo esencial de la enseñanza tántrica de realización en esta misma vida de la Escuela Amarilla del Budismo Tibetano.

Sin embargo, la Mente Reflexiva del ser ordinario ya se ha habituado a considerar como “sí mismo” los recuerdos de hábitos acumulados y almacenados. Por ello, la Mente Reflexiva sigue de manera instintiva, inconsciente y fuera de control los hábitos adquiridos, en busca de la “familiaridad” contenida en esos recuerdos.

Ese proceso de búsqueda es el momento en que la Conciencia Perceptiva del Alma vuelve a ser arrastrada por la Mente Reflexiva y queda nuevamente velada por los hábitos, dando lugar a la formación de la Percepción del Alma.

Una vez que la Conciencia Perceptiva del Alma adopta un estado perceptivo concreto, surgen percepciones solidificadas y diferenciadas; eso es el renacimiento.

En la actualidad, el practicante ha llegado a comprender con total claridad el origen del alma, su estructura, su

principio de formación y su trayectoria de funcionamiento.

Lo verdaderamente importante es que, dentro del cuerpo físico del practicante, comienza a manifestarse la gran luz de sabiduría revelada por el “Él” de la compasión.

“El” es la naturaleza, el contenido y el estado-ámbito de los incontables universos, tan numerosos como motas de polvo, de los Diez Reinos del Dharma; es la esencia misma de todos los seres sintientes.

Dicho de otro modo, apoyándose en la compasión de “Él”, se manifiesta la irradiación universal de la sabiduría de los dioses y los budas.

La sabiduría que todo lo ilumina penetra en el universo de la Conciencia Perceptiva del Alma de otros seres, encuentra en ellos las memorias de la Mente Reflexiva, y, mediante la vida espiritual de pura luz, entra en contacto con la Mente Reflexiva, purifica sus memorias y la conduce más allá, liberándola y trascendiéndola hacia la luz.

El practicante, mediante la sabiduría omnipresente, puede encontrar la morada del alma humana.

El practicante, a través de la luz espiritual, puede entrar en contacto con la Mente Reflexiva del alma. La luz pura

espiritual despliega la compasión del Despertar y guía las memorias de la Mente Reflexiva del alma para que regresen al universo de “Él”.

En la etapa actual, el practicante es capaz de guiar a las almas, acogerlas y conducir las, transformando la naturaleza de los factores que las constituyen.

Siete años después, el Venerable de la Luz Pura del Noveno Bhūmi puede atravesar directamente el cuerpo humano y, en un instante, elevar y liberar el alma hacia los reinos celestiales.

Veinticinco años después, el Gran Bodhisattva del Décimo Bhūmi es equivalente a Avalokiteśvara y a Mañjuśrī; es decir, es un buda.

Transcurridos veinticinco años, cuando el practicante haya perfeccionado plenamente su naturaleza sagrada y alcanzado la iluminación última, el sistema cósmico de los Diez Reinos del Dharma se consumará simultáneamente.

Los seres del mundo terrenal que reciten el santo nombre y el nombre sagrado del verdadero Gran Bodhisattva de ese tiempo recibirán su bendición, empoderamiento espiritual y liberación.

El practicante tiene hoy cincuenta y un años. La primera

mitad de mi vida ya se ha desvanecido en el río del tiempo, sin dejar huella alguna.

En los años que están por venir, lo que la humanidad debe afrontar es la sucesión inevitable de la vejez, la enfermedad y la muerte.

Ante el estado de existencia —irresistible e irreversible— de nacer, envejecer, enfermar y morir, la vida humana acaba por precipitarse en la desesperación.

¿Qué puedes hacer entonces? ¿En qué fuerza te apoyarás para enfrentar la oscuridad que se aproxima, el dolor, el tormento y la desesperación profunda?

¿Confiarás acaso en los “funcionarios de la religión”? Al observar sus rostros nunca saciados por el deseo, ¿te atreves a poner en sus manos la esperanza de tu alma?

¿O acaso crees de verdad que, donando unos miles de yuanes a templos que operan como auténticas “instituciones financieras monásticas”, puedes comprar un billete de acceso al cielo?

¿De verdad tú mismo lo crees? ¿Crees que el dinero puede sobornar a la Muerte, hacer que te conceda una excepción y permitir que tu alma atraviese sin obstáculos la oscuridad

de la muerte?

Oh personas que habéis perdido la fe y la confianza en las religiones del mundo, en la Verdad y en los dioses o los budas; oh frágiles almas humanas: hoy, verdaderamente, existe salvación.

La salvación universal de los dioses y los budas, la redención de las almas, en este día, por fin, ha llegado. La muerte humana ya no es, finalmente, sinónimo de desesperación absoluta ni de oscuridad total.

Ahora he confirmado con certeza que este cuerpo humano del mundo terrenal ha comenzado a entrar en el ámbito de lo divino.

El conjunto del mundo humano, en este preciso instante, a causa del advenimiento de los dioses y los budas, permitirá que las almas terrenales se liberen de la muerte y den inicio a una nueva y gloriosa era futura.

Dios ya ha venido, redimiendo la vida y la muerte del hombre

El fundamento de vuestra “yo” de la personalidad es vuestro subconsciente, vuestra Mente Reflexiva.

Ahora bien, para este practicante espiritual que soy hoy, la posición que ocupa vuestra Mente Reflexiva para mí ya no es la misma: todavía subsiste la sombra de la Mente Reflexiva, pero detrás de esa sombra, su esencia (esa Percepción del Alma formada desde la Conciencia Perceptiva, ese espacio interior) ha sido ya reemplazada por el amor espiritual y la calidez.

En otras palabras, puedo atravesar vuestra conciencia, atravesar vuestra “yo” de la personalidad, y encontraros detrás de la personalidad, en estado bardo.

Cuando experimentas la muerte del cuerpo físico, lo primero que muere no son tus ojos, ni tu nariz, ni tus oídos... no son estos cinco sentidos; lo primero que muere es tu conciencia: tu raíz mental.

Cuando la raíz mental se deteriora, toda tu mente, tu cognición, cae en un estado de embotamiento, como si te hubieras quedado dormido, pero se trata de un sueño

profundo.

En ese momento, lo que comienza a operar es la capacidad perceptiva de los hábitos asociados a este cuerpo, que reside en tu Mente Reflexiva.

Os hago estudiar el Dharma, estudiar y estudiar; leer el Dharma, leer y leer; copiar el Dharma, copiar y copiar, ¿por qué? Para que os familiaricéis con el estado de la vida de pura luz que se halla detrás de mi lenguaje y de mis palabras, y así purificar la memoria perceptiva del pensamiento de vuestra Mente Reflexiva.

De este modo, cuando llegue el momento de la muerte y la conciencia superficial se extinga, si lo que está almacenado en la memoria de vuestra Conciencia Perceptiva es la luz del verdadero dios, el calor de la vida y la memoria espiritual de la seguridad, ningún estado de embotamiento será capaz de arrastrar o contaminar esa experimentación de pureza, luminosidad y seguridad.

En ese momento, podré atravesar ese cuerpo cuyo estado consciente y cognitivo ya ha muerto y ha caído en letargo, penetrar más allá de tu cognición y hallar el estado del alma en el bardo de la Mente Reflexiva; entonces podré conducirte al Reino Celestial, e incluso haré que la luz de tu espíritu se integre en el Cielo.

Esta es la razón por la que he venido al mundo de los hombres: para consumir la redención del nacer y del morir de la humanidad.

Ahora he comenzado ya a poseer este poder; desde este mismo momento, tengo esta capacidad. Dicho de otro modo, es lo que vosotros, los seres humanos, llamaríais: “dios ha descendido al mundo humano”.

Esto es así porque he trascendido los fundamentos de la personalidad sustentada en la cognición del “yo”, he quebrado la base del “yo” cognitivo, y he ingresado en el ámbito donde la continuidad de la personalidad y la conciencia se despliega como subconsciente y vivencia directa del sí mismo.

Expresado en términos kármicos, significa que la luz del universo espiritual ha ingresado en la estructura del universo energético; y al trascender dicha estructura energética, se accede al espacio-tiempo del entorno físico fenoménico.

¿Cómo hacer que la vida esté garantizada?

Ahora os expongo el Dharma tomando como eje la Conciencia Perceptiva.

En el pasado, la enseñanza se apoyaba en vuestra cognición: debíais comprender a los dioses y a los budas mediante la cognición, y entender la devoción a través de ella.

Pero ahora os hablo directamente desde el nivel de la Conciencia Perceptiva, impartiendo el Dharma en ese plano.

Para ti, estudiar el Dharma —independientemente de cuánto— tiene como finalidad fortalecer la serenidad de tu Conciencia Perceptiva y expandir la pureza que hay en ella.

Porque una Conciencia Perceptiva pura y serena puede despertarte de..., cada forma de vida procede del Cielo; absolutamente toda vida es así.

Por ello, esa paz, esa sensación de seguridad y esa pureza que habitan en tu Conciencia Perceptiva, junto con ese calor desinteresado y liberador, son precisamente las cualidades del Cielo.

Fortalece en tu Conciencia Perceptiva la sensación de calidez y de liberación interior, y mantenla en un estado de claridad, seguridad y serenidad: eso es tu práctica espiritual.

Esa claridad hará que, cuando este cuerpo llegue a la muerte, la pureza presente en tu Conciencia Perceptiva entre en conexión con el Ser del Cielo.

En ese momento, cuando mueras, tu Conciencia Perceptiva no morirá. Después de la muerte, ese “yo” de la conciencia mental permanece; no se extingue.

Cuando se halla en un estado de confusión, dentro de la Conciencia Perceptiva, debido a que durante la vida cultivaste una relación de resonancia y afinidad con el Ser del Cielo, en el momento de morir, aunque ese “yo” de la conciencia mental ya no se reconozca a sí mismo, ni sepa quién es, ni identifique las experimentaciones egoicas, la facultad de la cognición del “yo” sigue existiendo.

En ese instante, gracias a tu fe, se establecerá una resonancia y conexión con la luz pura de la vida celestial. Esa resonancia se manifestará en forma de luz, iluminando la Conciencia Perceptiva del Alma.

En ese momento, podrás seguir ese rayo luminoso y

regresar a los distintos estadios originales de tu vida. Es posible (y, de hecho, lo más probable según tu nivel actual) que retornes a los niveles superiores de la Esencia de la Visión, que corresponden a los planos más elevados de los Tres Reinos y las Seis Vías de Existencia; podrías convertirte en una divinidad de cuerpo luminoso.

Pero si, en el momento de morir, la Conciencia Perceptiva que habita en tu interior ya ha despertado a la correspondencia con el poder de la luz de la Vida Pura, entonces tu percepción abandonará espontáneamente, sin necesidad de reflexión, los recuerdos de la experimentación del “yo”, y se entregará a esa Vida absolutamente desinteresada, pura y diáfana, infinita, sin límites ni “yo”.

De ese modo, tendrás la posibilidad de despertar en el Cielo. Y una vez que despiertes en el Cielo, pasarás a ser parte del propio Cielo, donde ya no existe la muerte.

Esto que te expongo es un horizonte, una visión que te ofrezco; es mi deseo que puedas llegar a ello. Pero que lo alcances o no dependerá únicamente de tu propio esfuerzo.

Tu práctica espiritual se reduce a una sola palabra: “confianza”. Debes confiar en el verdadero dios; debes confiar en este practicante que en el mundo humano, se manifiesta a través de un cuerpo como este que ves. No

desconfíes.

Cuando digo “no desconfíes”, me refiero a algo que en tu estado actual aún no puedes comprender.

A nivel racional confías en mí, pero tu “yo” de la conciencia mental aún no confía. Ese “yo” de la conciencia mental cree únicamente en sus propias experiencias, y sostiene la idea de que la personalidad es cambiante. En la personalidad de tu conciencia mental se considera que el ser humano es susceptible a las tentaciones del ambiente.

Por ejemplo, en tu propio caso: cuando te encuentras con una mujer hermosa, con mujeres atractivas, tu “yo” de la personalidad se agita, surgen pensamientos dispersos y aparecen sutiles estremecimientos internos.

Esta clase de experiencia de la personalidad es la que utilizas para experimentar y juzgar mi personalidad; así, el “yo” que se refleja en tu interior —distorsionado por tu propia personalidad— acaba siendo casi igual a ti mismo. ¿Lo comprendes?

Porque en lo más profundo de tu estructura de personalidad me percibes como una vida similar a la tuya, no te atreves a confiar en mí con todo tu ser; esto es algo de lo que ahora aún no eres consciente.

Cuando llegue el momento en que ya no consideres la identidad y la imagen de este practicante como la de alguien igual a ti, sino como una luz que trasciende tu comprensión y tu experiencia —una sabiduría infinita, cálida y eterna, que incluso trasciende la eternidad y el infinito, y que se manifiesta plenamente en el presente— entonces tu vida estará verdaderamente resguardada.

La confianza que depositas en mí debe ir más allá de la confianza de la personalidad. ¿Lo sabes? Por ahora, límitate a escuchar; aún no puedes comprenderlo. La confianza que tú concibes es necesariamente una confianza del corazón; pero la confianza que “yo” te pido es una confianza que trasciende el corazón: una ofrenda intuitiva del alma.

Porque en verdad yo no soy este cuerpo. Aunque ahora tú te identificas con tu cuerpo, y estás confinado en él, limitado y oscurecido por sus ataduras, incapaz de ver mi verdadero rostro, te lo digo con claridad: yo no soy este cuerpo.

La confianza que depositas en mí debe trascender la confianza que tu personalidad puede darme; debe ir más allá de la confianza basada en tus emociones y experimentaciones. Ha de ser una confianza sin cálculo ni deliberación, una fe nacida de la facultad perceptiva de tu

alma, de la percepción más profunda de tu propio ser.

De este modo, podrás recibir aquello que este cuerpo contiene y que, a la vez, lo trasciende: esa compasión infinita y esa sabiduría pacífica que no están obstruidas por la personalidad del cuerpo, la palabra y la mente. Entonces, esa fuerza podrá liberar, purificar y sostener directamente tu alma, conduciéndola a la emancipación inmediata de la muerte. ¿Está bien?

El verdadero propósito del Dharma Budista: trascender la muerte

El beneficio que la religión ha aportado a la humanidad ha sido, en gran medida, el de salvaguardar la estabilidad social. A lo largo de las distintas dinastías, el budismo (al ser una vía de cultivo que se aparta del mundo, que busca desprenderse de los cinco agregados y de los seis objetos sensoriales, y orienta al ser humano hacia su interior) fue utilizado por los emperadores como un instrumento para mantener el orden y la estabilidad de la sociedad.

La cultura religiosa y la práctica auténtica del cultivo espiritual no guardan, en realidad, una relación directa; esto es algo que debe quedar claro.

El segundo punto es que, a lo largo de las distintas dinastías, las personas, partiendo del “yo” de la personalidad, han comprendido el Dharma del Buda desde una perspectiva ego-centrada, rebajando así su verdadera altura y profundidad, hasta concebirlo como un simple método de purificación y mejora del “yo” personal.

Esto no es más que una forma en que el Dharma se ha

manifestado en el mundo humano: un nivel sumamente estrecho y limitado, una capa muy superficial de su auténtico alcance.

El propósito fundamental del Dharma del Buda para la humanidad es atravesar la muerte. Todos hemos leído el *Sutra del Loto*: en él se relata la parábola del gran hombre rico, un anciano acaudalado cuyos hijos permanecen dentro de una mansión que se ha incendiado. Para lograr que salgan de la casa en llamas y escapen del peligro, el anciano les promete carros de juguete —carros de cabras, de bueyes y de caballos— diciéndoles: “Mirad, fuera del patio hay carros de bueyes, carros de cabras, y también carros aún más magníficos, tirados por elefantes. Salid pronto; todos esos tesoros os los daré”.

Esta es una metáfora, cuyo propósito es permitir que los seres sintientes —las almas que poseen un cuerpo humano— puedan trascender el ámbito de los Cinco Agregados y las Seis Conciencias propios del cuerpo físico.

Dicho de otro modo, el objetivo más directo de nuestra práctica espiritual no es llegar a ser budas ni patriarcas, sino

atravesar la muerte.

Solo después de haberla trascendido es posible acceder a ese estado de percepción pura y transparente; desde ahí, continuar elevándose más allá de la Esencia de la Visión, expandiéndose hacia su interior, hasta despertar la luz espiritual y manifestar el estado originario del Ser verdadero, la naturaleza fundamental de la vida misma.

El significado profundo de la vida y la muerte: transformar el destino futuro del alma

No toda alma que acepta la Verdad puede ser llamada practicante espiritual.

Los verdaderos practicantes son semillas de los dioses y los budas; requieren las raíces de cultivo de vidas pasadas, así como los méritos acumulados a lo largo de innumerables kalpas de práctica. Solo con ese fundamento pueden fundirse con la luz inherente contenida en la Verdad.

No obstante, las almas ordinarias que aceptan la Verdad también pueden sembrar una afinidad virtuosa; y gracias a esa afinidad, pueden recibir la bendición y el amparo de los budas y los dioses, y así renacer en reinos favorables.

Por ello, entre mis estudiantes existen dos tipos de personas:

- La primera, las preciosas semillas de los dioses y los budas, con un fundamento espiritual maduro.
- La segunda, almas comunes, que necesitan un cultivo prolongado y constante para poder

- transformarse, con el tiempo, en semillas de los dioses y los budas.

En cuanto al segundo tipo de personas, cuando se enfrentan a la muerte, no me preocupa en absoluto el grado de realización alcanzado durante su práctica cotidiana, cuántos textos del Dharma hayan copiado, ni cuán sutil o profunda haya sido su experiencia meditativa.

Esto se debe a que tal cosa es, sencillamente, imposible: un ser ordinario que al escuchar la Verdad, despierta la fe y practica con devoción debe pasar por muchos años de impregnación y asimilación del Dharma, para que la acumulación cuantitativa dé lugar a una transformación cualitativa, produciéndose una verdadera metamorfosis interior.

Con apenas dos o tres años de práctica, es absolutamente imposible que un alma despierte desde lo más profundo de su cuerpo y su mente. Y un alma que no ha despertado, inevitablemente sigue a los seis órganos sensoriales y a los seis objetos de percepción, y conforme a su karma, renace dentro de los Seis Reinos del samsara.

Por esta razón, al tratar con estudiantes que recién comienzan su estudio y práctica del Dharma, lo único que me importa es si, mientras estaban vivos, participaron en

la difusión del Dharma o colaboraron en la impresión y preservación de las enseñanzas.

Como dice el refrán: *“El agua lejana no puede apagar la sed inmediata”*. Dadas las raíces de cultivo limitadas de una persona común, es absolutamente imposible que, en tan solo unos pocos años de práctica, logre la iluminación, ver la naturaleza búdica y liberarse del ciclo de nacimiento y muerte.

Por ello, el destino del alma en ese momento queda enteramente determinado por el mérito kármico y el mérito espiritual acumulados a lo largo de su vida.

El “mundo real” que aparece ante los ojos de los seres humanos es, en esencia, el resultado de la interpenetración de la mente y la intención, en la que nuestro conocimiento y nuestra experimentación se proyectan dentro de la Esencia de la Visión, dando lugar a una reproducción cíclica de los estados y memorias mentales.

Ante los ojos de los seres humanos es, en esencia, una proyección reproducida en bucle de nuestra mente, conciencia, cognición, experimentación en la Esencia de la Visión.

Aunque en este instante estés, con los ojos bien abiertos, “viendo” el mundo material que tienes ante ti. Si en este mismo momento, en lo más profundo de tu interior, se extinguiera la memoria de la experiencia del entorno material; si la conciencia de tu mente olvidara los nombres y conceptos de los fenómenos; entonces, por más que mantengas los ojos abiertos y “mires” hacia el exterior, las imágenes que los ojos “ven” jamás podrían formar en tu interior una vivencia real del “mundo”.

Tus ojos solo “miran”, ¿lo comprendes?

El “mundo”, en cambio, es el “ámbito” que se construye a partir de la continuidad entre la memoria de la experimentación del corazón y el pensamiento conceptual de la mente.

Los seres humanos vivimos toda nuestra vida dentro de un “ámbito de percepción”, formado por la base de la experiencia interior y la agregación de la conciencia.

O, dicho de otro modo, el “ámbito de percepción” interno es lo que verdaderamente constituye el “mundo real”.

La mente-intención arrastrada por este “ámbito de percepción” es aquello que reconocemos como el “yo”.

Dentro de la personalidad del “yo”, la vivencia de la

felicidad o de la tristeza, de la serenidad o del miedo, está enteramente moldeada y determinada por nuestras experimentaciones internas y por los conceptos de la “conciencia”.

Si una persona tiene la mente completamente ocupada por pensamientos sobre cómo maltratar y torturar animales, incluso asesinarlos, utilizando una disposición mental sangrienta y perversa para desahogar la represión y el miedo acumulados en su conciencia cognitiva; si esta persona únicamente se limita a pensar en tales actos sin llevarlos a la acción, entonces esos pensamientos oscuros y desviados solo llegarán a constituir “karma mental”.

Este tipo de karma negativo, generado por la actividad de la conciencia conceptual, dañará en gran medida la capacidad intelectual de esa persona y la mantendrá durante largo tiempo sumida en un ámbito interior sombrío y malévol.

El karma negativo acabará dominando su mente y su conciencia, distorsionando sus estados emocionales hasta dar forma a una “personalidad de naturaleza criminal”.

Sin embargo, dado que esta persona no ha llevado a la acción su psicología perversa de maltratar y asesinar animales, el “karma mental” generado solo recae sobre su

propia mente-intención y su personalidad interior.

Este karma negativo ejerce una fuerza de atracción sobre su mente y su carácter, pero aún no ha llegado a cristalizar en un “karma determinado”.

Es decir, si esta persona llega a escuchar el Dharma y su mente despierta súbitamente al arrepentimiento, en un lapso muy breve podrá, mediante la transformación de su visión cognitiva y la renovación de los conceptos de la conciencia, “reemplazar” su ámbito interior: elevándose desde un estado oscuro y distorsionado de la mente-intención hacia un “ámbito luminoso” de pureza, calidez, serenidad y bondad genuina.

Pero si esa persona lleva a la práctica sus deseos sanguinarios y perversos de torturar y matar animales, entonces su intención mental queda ligada, mediante la causalidad kármica determinada, a los animales que ha matado en la vida real.

Su estado interior de la mente, al manifestarse a través de acciones concretas en el mundo objetivo, hace que se quede “configurada” y “fijada” esa personalidad emocional.

Es como si un hormigón originalmente en estado “semilíquido” se vertiera en un molde determinado: una

vez fraguado, adopta una forma irreversible, dando lugar a un karma personal ya determinado, imposible de revertir.

La cognición de la mente ya “personalizada” o “personificada”, al expresarse mediante palabras y acciones concretas, solidifica el contenido originalmente “psíquico” de la intención mental, transformándolo en “nombres y formas” propios de un determinado estado o ámbito de experiencia. Y una vez que el “mundo psíquico” queda solidificado por el lenguaje y la conducta, dando lugar a un “mundo de nombres y formas”, ese “mundo” así configurado necesariamente moviliza la mente, impulsándola a desarrollarse de manera continua en la dirección de la connotación interna del estado o ámbito que dicho mundo representa.

Es como cuando una persona desarrolla adicción al tabaco: una vez que el cuerpo, la palabra y la mente entran en interacción con el cigarrillo en la vida real, el acto de fumar necesariamente genera, en la experiencia interior de la mente, un “estado” o “ámbito” de percepción asociado al “saborear” el cigarrillo.

Si uno solo piensa en fumar, pero no lo lleva a la acción, ese pensamiento puede transformarse con facilidad y ser desplazado por otros pensamientos.

Pero cuando la intención de fumar se concreta en la acción, entonces los actos y expresiones ligados al fumar dan lugar al estado interno de “disfrute” que surge durante el acto de fumar.

Cuando esta vivencia mental queda solidificada por el estado experimentado, se forma la llamada “adicción al tabaco”; y dicha adicción, a su vez, pasa a arrastrar continuamente los deseos, modelar la conciencia y configurar un nuevo ámbito o estado de vida para esa persona.

La adicción al tabaco es, en esencia, un “estado kármico determinado” que ejerce una reacción inversa sobre la mente, la intención y la personalidad.

A lo largo del destino de nuestra vida, los estados kármicos (tanto benéficos como perjudiciales) que vamos conformando, tras la muerte del cuerpo físico, harán que las “adicciones” contenidas en esos estados kármicos fijos reaccionen y devuelvan su impacto al alma.

Los hábitos y los pensamientos sutiles que constituyen el karma positivo y negativo amplificarán la capacidad perceptiva del alma reflexiva.

El estado kármico negativo, solidificado por la fijación

mental, intensifica los miedos almacenados en la conciencia pensante.

Los hábitos crueles, junto con los pensamientos sutiles de terror, se encadenan y se agrupan de forma continua, proyectando escenas de “infierno”. En ese infierno, el sufrimiento extremo y la desesperación interminable constituyen el “mundo real” que el alma llega a experimentar.

El mundo real que tienes ante ti (aquello que “ves”, “tocas”, “comprendes”, “oyes”, “saboreas” y “olfateas”) es, en realidad, la reproducción de un karma determinado, formado por la conciencia agregada de la cognición mental, que convierte la mente y la intención en acción. El mundo material de la realidad ejerce sobre nosotros una fuerza de atracción y arrastre incuestionable.

Cuando ves fuego delante de ti, tu cuerpo se aparta de manera instintiva. Cuando el cuerpo siente sed, buscas de forma inconsciente algo que pueda saciarla. Al encontrarte en la azotea de un edificio alto, te alejas instintivamente del borde. Cuando ves que cae la lluvia, buscas de manera espontánea algo que te proteja de ella.

Frente a los fenómenos del mundo real, la serie de reacciones “instintivas” que manifiestas son precisamente

las condiciones causales del “karma determinado”: el karma fijo que surge de una cognición mental moldeada y arrastrada por el ámbito de las percepciones y sensaciones de la mente.

Si una persona pasa habitualmente el tiempo pensando en cómo ayudar a los demás, en cómo aliviar el sufrimiento y salvar a los seres, si en su vida cotidiana su mente se llena una y otra vez de pensamientos altruistas orientados al beneficio desinteresado de otros, pero todo ello permanece únicamente en el plano de la imaginación; si solo se limita a concebir mentalmente acciones virtuosas, sin llevarlas jamás a la práctica, entonces esas buenas intenciones no son más que simples “pensamientos”.

Y los pensamientos, por sí solos, no son sino fantasías vacías; no tienen la fuerza suficiente para transformar el estado interior de esa persona. Por el contrario, acabarán convirtiéndola en alguien que aspira a lo inalcanzable, se engaña a sí mismo y padece una forma de enfermedad mental.

Si una persona pone en práctica la bondad y las buenas intenciones de su corazón, realizando cada día un acto bueno, actuando con el cuerpo y la conducta, aceptando de buen grado las pérdidas y sacrificios, y renunciando a sí misma para beneficiar a los demás, entonces la bondad del corazón y de la mente, unida a acciones concretas de bien,

se integra y se consolida como un “karma determinado”.

De este modo, el ser una buena persona, una persona de bondad pura, que encuentra alegría en ayudar a los demás sin buscar fama ni beneficio, que se entrega en silencio, con humildad y amplitud de corazón, y que aspira interiormente a beneficiar a todos los seres, acaba por constituir su “personalidad”.

La “personalidad” pertenece a la confluencia entre la mente y las condiciones externas, a la unión entre la aspiración interior, la palabra y la acción, formando así un “módulo solidificado” de fuerza kármica.

La bondad del corazón, de la intención y de la acción da lugar a un “ámbito de karma positivo” que se consolida.

Cuando este gran anciano virtuoso, que pasó toda su vida haciendo el bien en silencio y sin reconocimiento, alcanza el instante en que su cuerpo físico cesa, las “reflexiones” arraigadas en lo más profundo de su ánimo y de su personalidad — esto es, su “alma” — son atraídas y movidas por el “ámbito de bondad” formado por el karma determinado de su propia personalidad.

Esas “reflexiones” continúa portando la imagen del “yo” personal. Pues la forma de la personalidad, configurada

por la fuerza kármica que solidificó la mente y la intención, tras la separación del alma y el cuerpo, permanece durante un cierto tiempo, siguiendo la atracción del ámbito kármico correspondiente.

Puesto que esta persona, en vida, no buscó fama ni beneficio, no calculó recompensas, sino que se entregó de manera desinteresada, siendo un anciano de bondad pura y altruismo íntegro, el “mundo de los nombres y las formas” constituido por el karma determinado de su personalidad proyectará el “mundo” formado por la memoria de las “reflexiones”.

Aunque el alma ya ha abandonado el cuerpo, esas “reflexiones” siguen siendo movidas por las tendencias kármicas determinadas de la personalidad. Impulsadas por los hábitos del buen karma, las “reflexiones” distinguen y experimentan de manera pasiva, sin control consciente.

Lo que las “reflexiones” ven ante sus “ojos” son pensamientos de pura bondad que generan luminosidad.

Lo que las “reflexiones” oyen con sus “oídos” son sublimes sonidos celestiales que resuenan en los cielos.

Lo que las “reflexiones” perciben con la “nariz” es una fragancia exquisita que penetra hasta lo más profundo del ser.

Lo que las “reflexiones” saborean con la “lengua” es un gusto absoluto, insuperable e incomparable.

Lo que las “reflexiones” sienten a través del “cuerpo” es una vitalidad juvenil desbordante, una renovación total.

Y lo que las “reflexiones” piensan en la “mente” es un amor desinteresado, infinito y perfectamente puro.

Una persona que a lo largo de su vida ha practicado el bien genera, a partir de su mente y de su personalidad, un ámbito kármico positivo determinado.

Cuando el alma se separa del cuerpo físico, ese ámbito virtuoso amplifica de manera extraordinaria la capacidad sensible de las “reflexiones”, multiplicando por cientos de miles las semillas de bondad contenidas en el alma.

Las semillas benéficas albergadas en las “reflexiones”, al unirse con el mundo de las acciones virtuosas, (el ámbito del karma positivo formado por la personalidad kármica determinada), dentro de la Percepción del Alma reflexiva, proyectan una manifestación inversa de los hábitos kármicos positivos.

Este resurgir del karma virtuoso moviliza las memorias

del alma reflexiva y da lugar a la cristalización de un mundo concreto de nombres y formas. Entonces, el alma contempla con sus propios ojos el reino celestial.

El alma experimenta de manera directa y vivencial el reino celestial como morada trascendente. El alma percibe, de forma íntima y absolutamente real, el ámbito celestial. Y finalmente, el alma se une, con una realidad infinita y total, al mundo de la Luz. Porque: *“fuera de la mente no hay cosa alguna; todo es manifestación de la mente y transformación de la conciencia”*.

Todo el mundo externo de las “formas y nombres materiales” no es sino el resultado de la mente y la intención de los seres, cuyos hábitos y tendencias se solidifican en la cognición y se proyectan, como ámbitos de experiencia, en la Esencia de la Visión.

Incluso nosotros, que en este mismo instante vivimos en el mundo humano, en última instancia no somos más que memoria e imaginación, proyectadas por la cognición mental y la intención del corazón en el espejo interno de la Esencia de la Visión.

En nuestro cuerpo, no existe un “yo” inmutable. En nuestra mente, no existe una “personalidad” permanente. En nuestra memoria, no hay pensamientos invariables. En

nuestros sentimientos, no hay percepciones inalterables.

Puesto que los elementos que constituyen nuestro “yo” físico y mental fluyen y se transforman instante tras instante, podemos afirmar con certeza que, dentro de esta forma corporal y de este continuo de conciencia e intención, no existe en absoluto ningún “yo” que sea real y verdaderamente existente.

Dado que el “yo” no existe de manera verdaderamente real, el “mundo” que se manifiesta a partir del conocimiento y la memoria del “yo” no es más que “apariencia sin esencia”, y, por lo tanto, el mundo no posee una existencia real.

La física, a través del estudio de las partículas fundamentales del universo, también confirma que el mundo es solo un fenómeno. Bajo los fenómenos del mundo, no hay sino el surgir y la convergencia de partículas de energía en constante movimiento. Y dentro de ese movimiento de las partículas energéticas, no existe en absoluto ningún “mundo” como entidad o nombre real.

Todos los fenómenos del mundo material supuestamente “objetivos” no son sino estados subjetivos proyectados por los recuerdos de la mente y la conciencia.

Esto es precisamente lo que expresa el principio:

“Los Tres Reinos son solo mente; todos los fenómenos son solo conciencia. Todo es manifestación de la mente y transformación de la conciencia”.

En síntesis, el “mundo” que percibimos como real ante nuestros ojos no es más que el estado condicionado formado por las tendencias de hábitos, proyectadas por nuestro karma determinado de la personalidad.

Así, un alma que cultiva la verdad, al generar la aspiración de difundir el Dharma y apoyar su propagación, une su intención mental con acciones virtuosas; el “karma determinado” que de ello se forma pertenece al ámbito del mérito espiritual, y no se limita simplemente a ser “karma positivo”.

Esto se debe a que la voluntad y la personalidad de este practicante ya no están condicionadas por las buenas acciones del mundo humano; su aspiración se orienta hacia el Cielo, venera el Dharma y honra la verdad.

El “estado kármico determinado” que así se constituye recibe el nombre de mérito espiritual.

El “poder del mérito espiritual” y la clara capacidad de resonancia de los seres divinos son de una misma

naturaleza: elementos sutiles de la vida.

La devoción sincera hacia la verdad y las ofrendas desinteresadas, sin reservas, generan un “poder de mérito espiritual” que convoca a los seres divinos de los planos superiores del universo para velar por esta alma y brindarle protección.

Incluso si esta persona, mientras vivía, no fue especialmente diligente en su práctica espiritual, y su experimentación seguía siendo la de un ser ordinario, los factores que conformaban su personalidad volitiva continuaban basados en la visión dual del bien y del mal.

Sin embargo, la devoción absoluta, pura, firme y claramente orientada a la verdad de esta persona, unida a sus palabras y acciones concretas en la difusión del Dharma, da lugar a un “mérito positivo de buena virtud”.

El karma determinado generado por esta acción trasciende el karma positivo propio de un ser ordinario y pertenece al nivel de la resonancia entre los seres celestiales y lo humano.

Esto se debe a que la personalidad y la voluntad de esta persona rinden culto a la Verdad, a los budas y a los dioses, y no a la “moral humana” basada en la dualidad

del bien y del mal.

Cuando el cuerpo físico de esta persona muere, los seres divinos de los Tres Reinos, convocados por su mérito, elevan su alma reflexiva, conduciendo su conciencia espiritual hacia el Camino Celestial del mundo divino.

Allí, aun como ser ordinario dentro del plano celestial, experimenta vivencias infinitamente sublimes, percibiendo felicidad, paz y serenidad.

El mundo al que accede el alma de un practicante espiritual dotado de méritos virtuosos tras la muerte es, por su propia naturaleza, distinto del mundo al que llegan las almas de los “grandes benefactores” entre los seres ordinarios.

Cuando un ser ordinario virtuoso fallece, su alma asciende al reino celestial, pero dicho ascenso se produce estrictamente de acuerdo con el límite cuantitativo de su retribución kármica. A cada precio corresponde su mercancía: la ley de causa y efecto es precisa hasta el más mínimo detalle.

Esto se debe a que, dentro del ámbito kármico determinado de su alma, la noción del “yo” sigue estando presente.

Donde hay “yo”, inevitablemente surgen mi amor y mi odio, mis apegos y mis ataduras. Precisamente a causa de esos apegos y ataduras, se va gestando en el porvenir del alma el karma determinado, en espera de causas y condiciones apropiadas para brotar.

Cuando el karma del Camino Celestial, manifestado a partir de las buenas acciones de vidas pasadas, consume por completo el mérito acumulado, los disfrutes infinitos del reino celestial comienzan entonces a decaer; el palacio celeste pierde su resplandor, y el cuerpo luminoso del Príncipe del Cielo muestra señales de envejecimiento.

Las bellas consortes, desde la lejanía, esparcen flores sobre el cuerpo del Príncipe Celestial, pero una tras otra cubre sus narices con las mangas, temiendo que el aliento de la descomposición del cuerpo marchito contamine sus vestiduras celestiales de nubes y resplandores.

Cuando el mérito acumulado se ha consumido por completo, el Príncipe Celestial del palacio del cielo ve cómo su cuerpo se desintegra en polvo estelar y partículas de luz.

Su conciencia espiritual, arrastrada por las ataduras de amores y odios, y guiada por la atracción del karma determinado, entra de nuevo en el ciclo del renacimiento.

Por ello suelo decir: los seres celestiales, los divinos y todos los soberanos de los Tres Reinos, en su esencia, no difieren de los mortales comunes. Las deidades de los Tres Reinos siguen perteneciendo al sistema de vida “humano”, aunque se manifiesten en distintos niveles de conciencia.

El practicante que, durante su vida, dedicó todos sus esfuerzos y llegó incluso a desprenderse de todos sus bienes para apoyar la Verdad, dedicándose a la propagación del Dharma y al patrocinio de su difusión, une ese corazón absolutamente sincero y puro con el mérito generado por sus ofrendas a la propagación del Dharma. De esta unión surge un karma positivo inconmensurable e ilimitado.

Cuando el cuerpo físico de esta persona muere, la «reflexión» que reside en lo más profundo de la personalidad (es decir, el alma) es elevada de inmediato por la fuerza del mérito, ascendiendo directamente al reino celestial.

Además, como en vida apoyó la impresión y difusión del Dharma sin la menor mezcla de pensamientos egoístas, manteniendo únicamente un corazón de fe resuelta, pura y absoluta, este corazón desinteresado y carente de “yo”, al fundirse con el mérito, da lugar a un cuerpo luminoso

dentro del reino celestial.

De este modo, el alma de un ser ordinario se transforma en una forma de vida del ámbito del Camino Celestial dentro del «mundo búdico», y permanece allí durante un período extraordinariamente prolongado.

La realidad verdadera del universo de los Diez Reinos del Dharma es la “consumación perfecta” de la sabiduría última del Tathāgata. El rostro original de los incontables seres es la “manifestación virtuosa” de la sabiduría compasiva del Tathāgata.

Los seres sintientes están en “Él”, y “Él” está en el interior de los seres sintientes.

No existen seres sintientes separados del Tathāgata, ni el Tathāgata se ha apartado jamás de los seres sintientes.

Cuando los seres sintientes despiertan, son llamados “los budas”. Cuando los budas se extravían, reciben el nombre de “seres sintientes”.

Este practicante, debido a haber escuchado el Dharma del buda, ha sembrado factores de sabiduría en la memoria de las “reflexiones”. La fe sembrada en el alma de la conciencia reflexiva del practicante convoca la protección

de los dharma-protectores del mundo de los budas y dioses.

Cuando este practicante abandona el cuerpo físico, los seres divinos lo acompañan en todo momento. Los dioses de la Luz, en los planos sutiles, manifiestan una vida luminosa pura, diáfana y suave. Cuidan el alma con esmero, la guían con ternura, la sostienen con luz y la envuelven en calidez.

Protegen el alma del practicante para que no sea dañada por entidades espirituales de acreedores kármicos, ni por interferencias malintencionadas.

Con sabia compasión, esclarecen y disuelven los agravios y resentimientos que el alma contrajo en el pasado histórico, en distintos mundos y en relación con innumerables seres sintientes.

Purifican, en el alma, los elementos de hábito arraigados en el karma determinado de la personalidad. Amplifican cientos de miles de veces la fe nacida de la devoción a la Verdad, sembrada en la “conciencia reflexiva” del alma.

Cuando la devoción del alma de las “reflexiones” hacia la Verdad, los budas y los dioses es amplificada cientos de miles de veces por el poder del mérito, y dado que el poder del mérito pertenece al karma puro, el karma puro no es sino la manifestación libre y diáfana de la sabiduría del

Tathāgata, entonces el alma de la “conciencia reflexiva” de este practicante renace de manera viva y directa en la Tierra Pura de la Bienaventuranza Suprema.

Cuando el alma renace en la Tierra Pura de la Bienaventuranza, ya no existen las condiciones kármicas para volver a descender y reencarnar en los tres reinos inferiores. Esto se debe a que el practicante es el resultado de un karma determinado forjado por la devoción sincera del corazón-mente y de la personalidad hacia los budas y los dioses.

La devoción sincera se consagra a los budas y a los dioses; los budas y los dioses son sabiduría de la vacuidad y Consciencia Despierta no nacida.

El Tathāgata es inmutable y omnipenetrante, y es la plenitud perfecta que se armoniza con todas las condiciones.

Basta con que el corazón de la devoción se siembre en lo más profundo del alma reflexiva.

La devoción entra entonces en resonancia con los budas de infinita compasión, pues los budas y los seres sagrados son “vidas” de pura sabiduría

.

La sabiduría pura es sin forma y eterna; invisible, y sin embargo omnipresente.

Todos los universos de polvo infinitesimal y todos los mundos de los seres sintientes surgen y cesan por dependencia en la Gran Sabiduría.

Pero en la luz omni-penetrante de la vacuidad de la sabiduría última, el universo del surgimiento condicionado, junto con los infinitos seres (como motas de polvo), en realidad jamás ha tenido lugar.

Así, independientemente del mundo en el que el alma del practicante renazca, conforme al karma determinado por su mente, la devoción arraigada en las profundidades reflexivas del alma entrará en resonancia con la sabiduría omnipresente de los budas y los dioses.

Los budas y los dioses de sabiduría infinita, en consonancia con el estado kármico configurado por la mente de ese ser, y de acuerdo con las tendencias habituales y los obstáculos kármicos que el alma porta consigo, manifestarán para esa persona un “mundo” orientado a la redención del alma, como vía de liberación.

El mundo que esta alma “contempla” es, precisamente, el mundo de los budas y los dioses proyectado a partir de la devoción almacenada en las profundidades reflexivas.

La devoción es devoción a la Verdad, a la Liberación y al Despertar. Por ello, aquello que el alma encuentra es la apertura de la luz de la sabiduría hacia su interior: la iluminación compasiva de la Gran Sabiduría que consuela, purifica y redime las capas más profundas de su conciencia.

Al renacer el alma en el mundo de los budas y los dioses, recibe la gracia del buda, y continúa el proceso de purificación y elevación de la vida, avanzando hacia una transformación cada vez más plena.

La “Naturaleza Tathāgata inherente” de los seres sintientes, por compasión hacia su propio “extravío”, redime a las almas reflexivas.

Los pensamientos extraviados, en la Tierra Pura de la Naturaleza Búdica, son purificados, sublimados y despiertan al Rostro Original.

Cuando llega el momento de la iluminación del alma, ésta renace en distintos ámbitos de karma determinado. En los

diversos mundos, se reactivan las memorias primordiales de la sabiduría, purificando el “yo” mental de la existencia presente.

Así, autorrealiza la sabiduría sagrada, se alcanza el despertar, y se consuma la Budeidad.

“Yo” no acepto ofrendas para salvaguardar la pureza de la Verdad. Sin embargo, ante aquellas almas incapaces de transformar su destino mortal, la exhortación más sincera del practicante es esta: mientras estés con vida, no seas mezquino con tus bienes del mundo humano; utilízalos para sostener y apoyar la propagación del Dharma, para respaldar la difusión de la Verdad. Esta fe pura y desinteresada, unida a tu ofrecimiento material, modelará para tu alma un futuro noble y luminoso.

Hoy, el practicante expone a la humanidad el método para transformar el futuro del alma. Cómo comprender esta enseñanza y cómo actuar frente a ella es vuestra propia elección; nada tiene que ver conmigo. Yo solo me compadezco del sufrimiento del alma; no puedo soportar ver cómo, impotente, cae y se hunde en la oscuridad de la muerte, sin fuerza para liberarse.

En adelante, no volváis a preguntarme adónde se ha ido el alma de alguien después de morir. Ese destino ya fue determinado por los pensamientos y las acciones que

cada persona cultivó en vida; no es algo que yo decida.

La muerte es inevitable, pero el destino futuro del alma no está predeterminado. Mientras se está con vida, el ser humano puede, a través de sus elecciones mentales, y de la causalidad de sus palabras y acciones, reconfigurar el porvenir de su alma.

Hoy expongo al común de las personas el método mediante el cual las almas del mundo humano pueden salvarse a sí mismas: apoyar la Verdad y sostener la difusión del Dharma. Este es el camino más básico y más fiable para acumular mérito kármicos y espirituales, y asegurar el renacimiento del alma en los reinos celestiales.

No hagáis donaciones a los templos. En la actualidad, muchos templos equivalen a “empresas que cotizan en bolsa”: tras ellos operan consorcios financieros y hombres de negocios mundanos, que, amparándose en el nombre de los budas y los dioses, comercializan la fe.

No donéis dinero ni bienes materiales para avivar la codicia de fuerzas demoníacas ni para fortalecer su voracidad.

El auténtico practicante debe venerar al Tathāgata en lo más profundo de su propio corazón.

Reproducir de manera continua el audio durante las 24 horas después del fallecimiento.

Guía (Versión Tathāgata)

***, por favor presta atención y escucha:

Has dejado tu cuerpo humano.

Vas a regresar al reino luminoso de Tathāgata.

Deja atrás el cuerpo cansado del humano.

Olvida los recuerdos agotadores de la conciencia.

Desvanecen las experimentaciones percibidas del ego.

Abandona los miedos ilusorios de las percepciones.

La vida que has experimentado es un sueño sin sentido.

Ahora has salido del sueño, has dejado atrás lo absurdo.

El Amor puro es tu verdadero Ser.

La calidez y la paz son tu verdadero Ser.

La ligereza y la luminosidad son tu verdadero Ser.

La felicidad y la libertad son tu verdadero Ser.

Estás a salvo; te has fundido en el Amor Infinito de Tathāgata.

Eres puro; todos tus pecados han sido perdonados.

Estás cálido; todo lo que podría dañarte ya ha sido soportado por Tathāgata.

Eres perfecto; abraza la muerte de este cuerpo insignificante.

Solo al fundirte con la Paz de Tathāgata eres realmente tú.

Eres la luz ligera; no eres este cuerpo.

Eres la claridad pura; no eres la conciencia del ego.

Eres calidez y seguridad; no eres la experimentación del “yo”.

Eres pureza e inclusión; no eres emociones ni deseos.

Eres hijo de Tathāgata; los budas han perdonado todos

tus pecados.

Regresarás al Cielo de Tathāgata; el Cielo es felicidad y luz eterna.

No necesitas tener miedo, estás con Tathāgata.

No necesitas aferrarte, Tathāgata te otorga Paz.

No necesitas sentir soledad, el Amor te abraza siempre.

Estás a salvo; te fundirás en la calidez del Amor.

Lo divino siempre te acompaña.

Eres hijo de Tathāgata, regresando al reino de Tathāgata.

La felicidad está siempre contigo.

Eres perfecto; en la Luz pura, la calidez eres tú.

Eres eterno; acepta la muerte del “yo” humano.

No hay ningún factor que pueda herirte.

Porque has perdonado todo, porque has aceptado todo.

El perdón eres tú.

La aceptación eres tú.

La pureza eres tú.

La calidez eres tú.

La paz eres tú.

Eres el Amor mismo.

Has sido perdonado por el Amor.

Te has fundido en la luz de la vida.

Te has unido al Cielo de Tathagata.

Tu Paz interior es el Cielo.

No estás solo.

Estás con el Amor.

Te amamos, te alabamos y te abrazamos.

Tathāgata está con nosotros.

(Repetir el audio durante 24 horas)

Audios en línea(en chino)



No tocar el cuerpo durante las 3 horas posteriores a la muerte física

Alumno: Maestro, quisiera pedir orientación.

Cuando una persona fallece, ¿debe reproducirse continuamente el texto de *Guía* durante veinticuatro horas, y solo después de ese tiempo puede moverse el cuerpo?

¿Hay además otros aspectos a los que debemos prestar atención?

Maestro: Tras la muerte del cuerpo físico, durante las primeras tres horas no debe tocarse en absoluto el cuerpo del difunto. Ese es el período en el que el alma se separa del cuerpo.

El alma es la “mente reflexiva” formada a partir de los hábitos kármicos y memorias de las seis facultades sensoriales, apoyándose en las sensaciones aferradas al cuerpo físico.

Esta “mente reflexiva” conserva memoria de las células corporales; si en ese momento el cuerpo es movido, el alma será perturbada, y su proceso de ascenso hacia los reinos celestiales encontrará obstáculos.

Si sientes que tu propio cuerpo ya ha llegado a su etapa final, recuerda realizar obras de mérito, como apoyar la impresión y difusión de las enseñanzas, pues el mérito kármico y espiritual generados ayudarán a tu alma a dirigirse hacia la luz.

Anexo

Casos en video sobre el tránsito atravesando la muerte



Dos días después del fallecimiento, el rostro permanecía sonrosado y sereno, incluso más bello que cuando estaba con vida.



Tras la muerte, el cuerpo no presentó rigidez, y durante la cremación aparecieron cristales de śarīra (reliquias sagradas); el alma había ascendido al reino celestial.



Treinta horas después de la muerte, el cuerpo seguía flexible y sin endurecimiento.

Presentación del autor

东方圣光 Oriental Holy Light

Fundada en 2023, es una organización benéfica sin fines de lucro y entidad de servicios registrada ante el gobierno de Hong Kong.

El objetivo de la asociación es promover la educación para beneficiar a la sociedad, a través de la publicación de libros, así como la organización de diversas actividades relacionadas con el cuerpo, la mente y el espíritu, con el fin de aumentar el conocimiento y el aprendizaje del público general y de los niños sobre el desarrollo integral.

Nos enfocamos especialmente en ayudar a personas que sufren estrés en la vida, que se sienten interiormente debilitadas, que frecuentemente experimentan ansiedad, miedo, dolor, traumas severos, confusión interna o falta de sentido en la vida.

Brindamos apoyo emocional, nutrimos la mente, promovemos relaciones saludables entre padres e hijos y la armonía familiar. Además, ayudamos en la recuperación de personas que padecen “depresión”, “autismo” y otras afecciones emocionales similares, ayudándolas a sanar y salir de su “isla interior”.

A través de la difusión de la cultura cuerpo-mente-espíritu, nos dedicamos a sembrar en el corazón de las personas semillas de sol, calidez, amor y luz, fomentando activamente el bienestar de la población y de las futuras generaciones.

Contáctenos



LINE



WhatsApp

Asociación Holylight
Tel(Wahtsapp) 653276379
Dirección: C/San Basilio, 24
28026 Madrid

Conócenos



YouTube Music



Facebook



YouTube



Spotify

*En este planeta,
entre todas las personas de mi tiempo,
yo soy el único
capaz de resolver el problema de la muerte.*

¿El alma por qué reencarna?

Porque en lo más profundo del corazón se esconden la culpa y la codicia.

Cuando una persona muere, la consciencia cae en un estado de inconsciencia y no percibe nada; sin embargo, la cognición interna y las sensaciones asociadas a ella se vuelven extremadamente sensibles, decenas o incluso cientos de veces más que en vida. Aquello que las sensaciones preferían mientras se estaba vivo, después de la muerte del cuerpo (cuando la consciencia ha caído en la oscuridad de la muerte), las sensaciones lo buscarán de forma instintiva, buscando aquello que les hace sentir seguras. A este “buscar” se le llama “reencarnación”.

Las acciones realizadas en esta vida en contra de la propia conciencia dan lugar a una culpa emocional que se proyecta ilusoriamente como un infierno oscuro y profundo.

Para el alma, el infierno posee una poderosa fuerza de atracción: la culpa y el miedo la conducen instintivamente hacia él, pues lo que percibe no es la oscuridad, sino aquello que puede velar su sentimiento de culpa y ofrecerle una falsa sensación de amparo.

En esencia, no es más que el deseo instintivo de escapar de la vergüenza y la culpa interiores.

ISBN 978-84-09-85024-2



9 788409 850242

